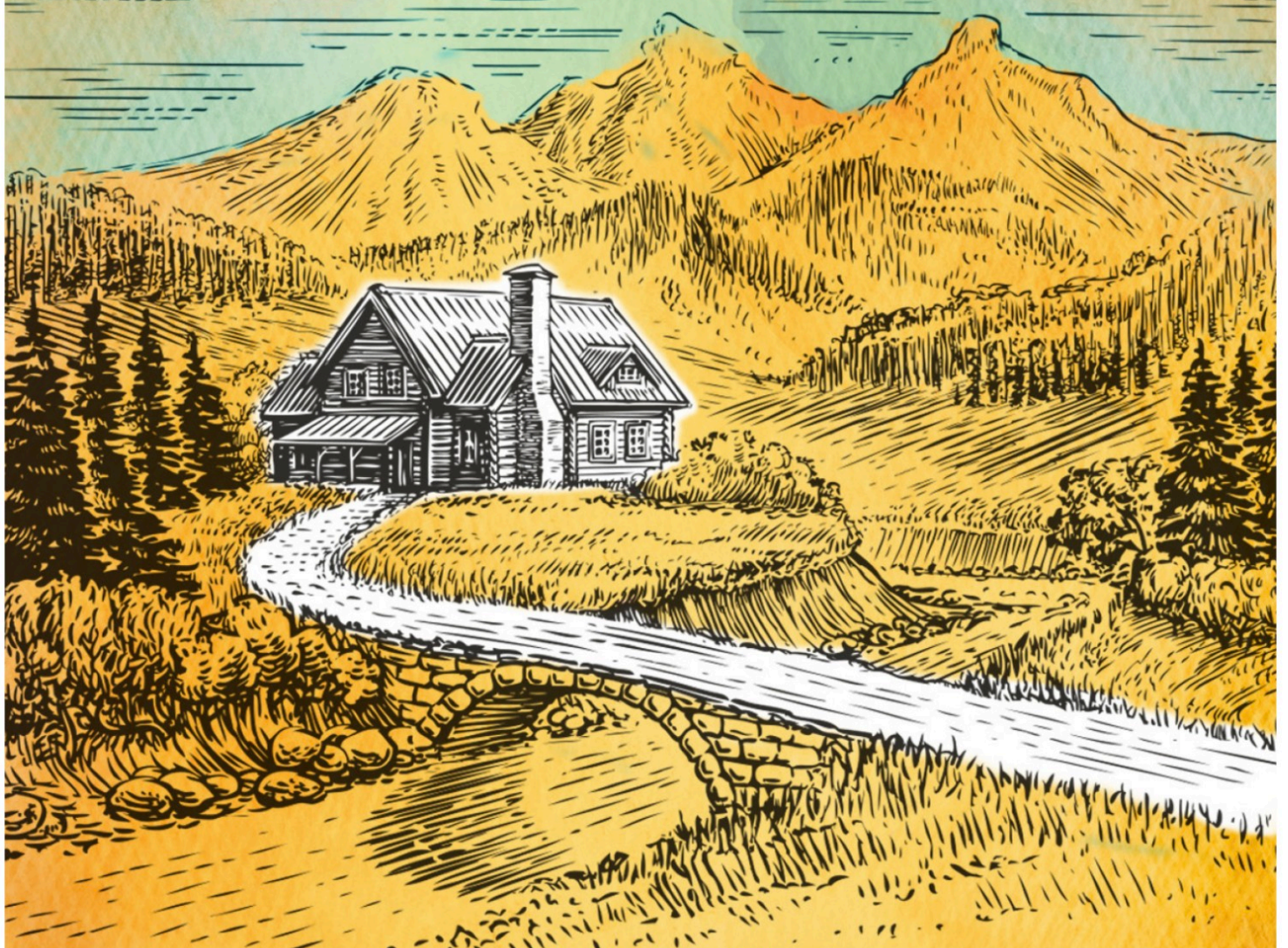


El camino de la paz

James Allen



FUNDACIÓN
Carlos Slim

El camino de la paz

Allen, James

Se reconocen los derechos morales de Allen, James.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

EL PODER DE LA MEDITACIÓN

La meditación espiritual es el camino hacia la Divinidad, la escalera mística que lleva de la tierra al cielo, del error a la Verdad, del dolor a la paz. Todos los santos la han escalado; todo pecador debe, antes o después, llegar a ella, y todo cansado peregrino que da la espalda a su yo y al mundo, y dirige su rostro con resolución hacia el Hogar del Padre, debe plantar los pies en sus escalones dorados. Sin su ayuda no puedes crecer hacia el estado divino —ni parecerte a lo divino—, hacia la divina paz, y las glorias inmutables y las alegrías impolutas de la Verdad se mantendrán escondidas de ti.

Meditar es habitar intensamente, en pensamiento, en una idea o tema, con el objetivo de comprenderlo por completo, y no solo llegarás a entender aquello en lo que meditas constantemente, sino que cada vez te harás más parecido a ello, porque se incorporará a tu propio ser. Por lo tanto, si moras perpetuamente en el egoísmo y en la corrupción, al final llegarás a ser egoísta y corrupto. Sin embargo, si piensas incesantemente en lo que es puro y libre de egoísmo, sin duda te harás puro y desinteresado.

Dime en qué piensas más frecuente e intensamente, eso hacia lo que, en tus horas silenciosas, tu alma se dirige de manera natural, y yo te diré qué camino de dolor o de paz estás recorriendo, y si te estás acercando a lo divino o a lo bestial.

Hay una tendencia inevitable a convertirse, literalmente, en la encarnación de aquella cualidad en la que uno piensa más constantemente. Haz, por tanto, que el

objeto de tu meditación esté arriba y no abajo, de modo que cada vez que te dirijas a él con el pensamiento, te sientas elevado; deja que sea puro y no lo mezcles con ningún elemento egoísta: así tu corazón se purificará y se acercará a la Verdad, sin dejarse engañar ni ser arrastrado desesperadamente hacia el error.

La meditación, en el sentido espiritual en el que ahora uso la palabra, es el secreto de toda vida y conocimiento espiritual. Todos los profetas, sabios y salvadores se convierten en lo que son por el poder de la meditación. Buda meditó sobre la Verdad hasta que pudo decir: «Yo soy la Verdad». Jesús reflexionó sobre la Divina inmanencia hasta que por fin pudo declarar: «El Padre y yo somos Uno».

La meditación centrada en las realidades divinas es la esencia misma y el alma de la oración, la extensión silenciosa del alma hacia lo Eterno. La mera oración petitoria, sin meditación, es un cuerpo sin alma, y no tiene poder para elevar la mente y el corazón por encima del pecado y de la aflicción. Si rezas diariamente pidiendo sabiduría, paz, una pureza más elevada y una más plena realización de la Verdad, y eso por lo que rezas sigue estando lejos de ti, significa que estás pidiendo una cosa en tu oración, mientras que en el pensamiento y en el acto estás viviendo otra. Si abandonas esa obstinación y alejas tu mente de aquello a lo que se apegan los egoístas, que te aleja de la posesión de las realidades inmaculadas por las que rezas; si dejas de pedir a Dios que te conceda lo que no mereces, o que te conceda ese amor y compasión que tú no das a otros, y estás dispuesto a comenzar a pensar y a actuar en el espíritu de la Verdad, irás creciendo día a día hacia esas realidades, hasta que en último término serás uno con ellas.

Quien quiera asegurarse cualquier ventaja en el mundo debe estar dispuesto a trabajar vigorosamente por ella, y es necio quien espera que le lleguen por el mero hecho de pedir las, mientras se queda esperando cruzado de brazos. Por tanto, no imagines que puedes alcanzar las posesiones divinas sin esfuerzo. Solo cuando comiences a trabajar con seriedad en el Reino de la Verdad se te permitirá participar en el Aliento de Vida, y cuando te hayas ganado, por el esfuerzo paciente y sin queja, el salario espiritual que pides, no te será negado.

Si realmente buscas la Verdad y no solo tu propia gratificación; si la amas por encima de todos los placeres y ganancias mundanos, más aún que la felicidad misma, estarás dispuesto a hacer el esfuerzo necesario para conseguirla.

Para liberarte del pecado y del dolor, para saborear la pureza inmaculada por la que suspiras y oras, para alcanzar la sabiduría y el conocimiento y entrar en posesión de una paz profunda y duradera, ven ahora y entra en el camino de la meditación, en la que el objeto supremo sea la Verdad.

Al principio es necesario distinguir la meditación del «ensoñamiento ocioso». No hay nada soñador ni impráctico en ella. Es un «proceso de búsqueda y de pensamiento sin concesiones que solo permite permanecer a la Verdad simple y desnuda».

Meditando así ya no lucharás por fortalecerte en tus prejuicios, sino que, olvidándote de ti mismo, solo recordarás que estás buscando la Verdad. Y así retirarás, uno a uno, todos los errores que en el pasado construiste a tu alrededor, y esperarás con paciencia la revelación de la Verdad que llega cuando has eliminado suficientes errores. En la silenciosa humildad de tu corazón te darás cuenta de que:

Hay un centro interno en todos nosotros donde la Verdad habita en su plenitud, y a su alrededor, pared sobre pared, la burda carne la encierra.

Esta percepción clara y perfecta que es la Verdad está rodeada por una malla de carne que la pervierte y confunde, cegándola, y siendo la causa de todo error. Y el conocimiento consiste más bien en abrir un camino por el que el esplendor aprisionado pueda escapar que en permitir la entrada de una luz que supuestamente estaba fuera.

Selecciona una hora del día en la que meditar, y reserva ese periodo sagrado para este propósito. El mejor momento es temprano, por la mañana, cuando el espíritu de reposo descansa sobre todo lo que existe. Es entonces cuando las condiciones naturales estarán a tu favor; las pasiones, después del largo ayuno corporal de la noche, estarán acalladas, y las excitaciones y preocupaciones de los días anteriores habrán desaparecido, mientras que la mente, fuerte y descansada, se encontrará receptiva a la instrucción espiritual. Ciertamente, uno de los primeros esfuerzos que se te pedirá hacer será el de deshacerte del letargo y la indulgencia, y si te niegas, serás incapaz de avanzar, porque las exigencias del espíritu son imperativas.

Estar espiritualmente despierto es estar también física y mentalmente despierto. Los perezosos y autoindulgentes no pueden tener conocimiento de la Verdad. Quien, poseyendo salud y fuerza, desperdicie las horas serenas y preciosas de la mañana silenciosa en somnolienta pasividad, es totalmente inadecuado para escalar hasta las alturas celestiales.

Por el contrario, aquel cuya conciencia despierta ha vislumbrado sus elevadas posibilidades, y que está empezando a deshacerse de la oscuridad de la ignorancia en la que el mundo le ha envuelto, se levanta antes de que las estrellas abandonen su vigilia y, luchando cuerpo a cuerpo con la oscuridad de su alma, se esfuerza, con santa aspiración, por percibir la luz de la Verdad mientras el mundo dormido sigue soñando.

Las alturas logradas y mantenidas por los grandes hombres no han sido alcanzadas por un vuelo repentino, sino que ellos, mientras sus compañeros dormían, se esforzaban por ascender en la noche.

Ningún hombre santo, ningún ser sagrado, ningún profesor de la Verdad ha dejado de levantarse temprano. Jesús lo hacía y subía a las montañas solitarias para entrar en santa comunión. Buda siempre se levantaba una hora antes de la salida del sol y se ponía a meditar, animando a sus discípulos a hacer lo mismo.

Si tienes que comenzar tus deberes diarios a una hora temprana, y por eso no puedes dedicar los primeros momentos de la mañana a la meditación sistemática, trata de ofrecerle una hora por la noche, y si eso te es negado por la duración y laboriosidad de tus tareas cotidianas, no desesperes, porque aún puedes dirigir tus pensamientos hacia lo alto en santa meditación en los descansos del trabajo, o en esos pocos minutos libres que ahora desperdicias sin dedicarlos a fin alguno. Si tu trabajo es del tipo que con la práctica se vuelve automático, puedes meditar mientras lo realizas. Ese eminente santo y filósofo cristiano llamado Jacob Boehme, alcanzó su vasto conocimiento de lo divino mientras trabajaba largas horas como zapatero. En todas las vidas hay tiempo para pensar, y la aspiración y la meditación no le están negadas ni al más ocupado y laborioso.

La meditación espiritual y la autodisciplina son inseparables; por lo tanto, comenzarás a meditar sobre ti mismo para intentar entenderte, porque, recuerda: el gran objetivo que tendrás ante ti será la eliminación completa de todos tus errores para alcanzar la Verdad. Empezarás a cuestionar tus motivos, pensamientos y actos, comparándolos con tu ideal, y tratando de contemplarlos con ojos calmados e imparciales. De esta manera alcanzarás cada vez más ese equilibrio mental y espiritual sin el cual los hombres no son más que barcos sin rumbo en el océano de la vida. Si eres dado al odio o a la ira, meditarás sobre la delicadeza y el perdón para ser agudamente consciente de tu conducta dura y alocada. De esa manera irás abrigando progresivamente pensamientos de amor, delicadeza y perdón; a medida que superes lo inferior mediante lo superior, entrará en tu corazón de forma gradual el conocimiento de la Ley Divina, la comprensión de sus consecuencias en todos los aspectos de la vida y la conducta. Y al aplicar este conocimiento a todos tus pensamientos, palabras y actos, te irás haciendo cada vez más delicado, amoroso y divino. Y así pulirás poco a poco cada error, cada deseo egoísta, cada debilidad humana; los superarás por el poder de la meditación y, a medida que los expulses, la Luz de la Verdad iluminará el alma peregrina en mayor medida.

Meditando así, te fortalecerás sin cesar contra tu único enemigo «real», tu yo egoísta y perecedero, y te establecerás cada vez más firmemente en el yo divino e inextinguible que es inseparable de la Verdad. El resultado directo de tus meditaciones será una fuerza espiritual calmada, que constituirá tu lugar de descanso en las luchas y afanes de la vida. Grande es el poder del pensamiento santo, y la fuerza y el conocimiento ganados por la meditación silenciosa enriquecerán tu alma con su recuerdo salvador en la hora del esfuerzo, del dolor, de la tentación.

Y así, por el poder de la meditación, crecerás en sabiduría, y renunciarás más y más a tus deseos pasajeros, que son inestables, impermanentes, que producen pena y dolor. Y te aposentarás con creciente firmeza y confianza sobre los principios inmutables para alcanzar el descanso celestial.

La meditación sirve para lograr el conocimiento de los principios eternos, y ofrece la capacidad de descansar sobre ellos y de confiar en ellos, haciéndote así uno con lo Eterno. El fin de la meditación es, por lo tanto, el conocimiento directo de la Verdad, de Dios, y la consecución de una profunda Paz divina.

Deja que tus meditaciones surjan de las bases éticas que ahora ocupas. Recuerda que has de «crecer» en la Verdad por perseverancia constante. Si eres cristiano ortodoxo, medita incesantemente sobre la pureza inmaculada y la excelencia divina del carácter de Jesús, y aplica todos sus preceptos a tu vida interna y a tu conducta externa, para aproximarte cada vez más a su perfección. No seas como esos religiosos que, negándose a meditar sobre la Ley de la Verdad y a poner en práctica los preceptos dados por el Maestro, se contentan con adorar formalmente, aferrarse a sus credos particulares, y continuar en la ronda incesante del pecado y el sufrimiento. Esfuérzate por elevarte, gracias al poder de la meditación, por encima de todos los apegos egoístas a dioses parciales o credos partidistas; por encima de las formalidades muertas y de la ignorancia exánime. Así, recorriendo el camino de la sabiduría, con la mente fija en la Verdad inmaculada, no te detendrás hasta alcanzarla.

Quien medita con seriedad en primer lugar percibe como a distancia, y después realiza en la práctica diaria. Solo quien practica la Palabra de Verdad puede conocer la doctrina de la Verdad, porque, aunque esta es percibida por el pensamiento puro, solo la práctica es capaz de manifestarla.

Dijo el divino Gautama, el Buda: «Quien se entregue a la vanidad y no a la meditación, olvidando el verdadero objetivo de la vida y aferrándose al placer, con el tiempo envidiará a quien se haya ejercitado en la meditación», e instruyó a sus discípulos en las «Cinco Grandes Meditaciones» siguientes:

La primera es la meditación del amor, en la que has de ajustar tu corazón de tal manera que anheles el bienestar de todos los seres, incluyendo la felicidad de tus enemigos.

La segunda es la meditación de la pena, en la que debes pensar en todos los seres afligidos, representando vívidamente en tu imaginación sus dolores y ansiedades, de modo que despiertes en tu alma una profunda compasión por ellos.

La tercera es la meditación de la alegría, en la que piensas en la prosperidad de los demás y te alegras de sus alegrías.

La cuarta es la meditación de la impureza, en la que consideras las consecuencias negativas de la corrupción, los efectos del pecado y las enfermedades. Qué trivial es a veces el placer del momento, y qué fatales sus consecuencias.

La quinta es la meditación sobre la serenidad, en la que te alzas por encima del amor y del odio, la tiranía y la opresión, la riqueza y la necesidad, y consideras tu propio destino con calma imparcial y perfecta tranquilidad.

Practicando estas meditaciones, los discípulos de Buda alcanzaron el conocimiento de la Verdad. Pero no importa mucho que practiques o no estas meditaciones mientras tu objetivo sea la Verdad, mientras tengas ese hambre y sed de justicia que producen un corazón sagrado y una vida sin tacha. Por lo tanto, en tus meditaciones, deja que tu corazón crezca y se expanda con creciente amor hasta que, liberado de todo odio, pasión y condena, abrace la totalidad del universo con ternura reflexiva. Tal como la flor abre sus pétalos para recibir el sol matinal, abre tu alma más y más a la gloriosa luz de la Verdad. Elévate con las alas de la aspiración; sé intrépido, y cree en las posibilidades más elevadas. Ten fe en que es posible vivir una vida de mansedumbre absoluta, de pureza inmaculada, una vida de perfecta santidad en la que se puede alcanzar la Verdad más alta.

Quien así cree escala rápidamente las colinas celestiales, mientras que los incrédulos caminan dolorosamente a tientas en la oscuridad, en los valles cubiertos de niebla.

Creando así, aspirando así, meditando así, tus experiencias espirituales serán dulces y preciosas, y gloriosas revelaciones ensalzarán tu visión interna. A medida que alcances el Amor divino, la divina Justicia, la Pureza divina, la Perfecta Ley del Bien, o Dios, grande será tu dicha y profunda tu paz. Lo viejo quedará atrás, y todo será nuevo. El velo del universo material, tan denso e impenetrable para los ojos del error, tan fino y transparente para el ojo de la Verdad, se abrirá, revelando el universo espiritual. El tiempo cesará y vivirás en la Eternidad. El cambio y la transitoriedad ya no te causarán ansiedad ni pena, porque estarás establecido en lo inmutable y habitarás en el corazón mismo de la inmortalidad.

La Estrella de Sabiduría, estrella del nacimiento de Vishnu, del nacimiento de Krishna, de Buda, de Jesús, que hablas a los sabios que miran al cielo, espero observando tu resplandor en la oscuridad de la noche, en la lóbreguez sin estrellas de la media noche. Brillante heraldo de la venida del reino de los justos; tú que cuentas la historia mística del humilde nacimiento de Dios en el establo de las pasiones, en el pesebre de la mente-alma; cantas en silencio el secreto de la compasión profunda y santa por el corazón cargado de dolor, por el alma que espera cansada. Estrella de todos de brillo sin igual, tú de nuevo engalanas la noche; tú vuelves a animar a los sabios que observan en la oscuridad cansados de la batalla interminable

con los engranajes del error; cansados de ídolos sin vida, inútiles, de las formas muertas de las religiones, agotados de esperar tu brillo. Tú has acabado con su desesperación; tú has iluminado su camino; tú traes de nuevo las antiguas Verdades a los corazones de los que te observan, a las almas de los que te aman. Tú has hablado de Alegría y contento, de la paz que procede del Dolor. Benditos son los que pueden contemplarte, cansados vagabundos en la noche, benditos los que sienten el latir; en su seno sienten la pulsación del profundo amor que se agita dentro de ellos por el gran poder de tu brillo. Aprendamos tu lección verdaderamente; aprendámosla fiel y humildemente; aprendámosla mansa, sabia y alegremente, antigua Estrella del santo Vishnu, luz de Krishna, Buda, Jesús.

DOS MAESTROS, EL YO Y LA VERDAD

Sobre el campo de batalla del alma humana hay dos maestros que siempre están luchando por la corona de la supremacía, por el reinado y el dominio del corazón: el maestro del yo, llamado también el «Príncipe de este mundo» y el maestro de la Verdad, denominado asimismo Dios Padre. El maestro del yo es ese rebelde cuyas armas son la pasión, el orgullo, la avaricia, la vanidad, la voluntad personal, las herramientas de la oscuridad. El de la Verdad es, por el contrario, humilde y manso, y sus herramientas son la delicadeza, la paciencia, la pureza, el sacrificio, la humildad y el amor, los instrumentos de la Luz.

En cada alma se libra la batalla, y tal como un soldado no puede pertenecer al mismo tiempo a dos ejércitos enemigos, cada corazón se alista o bien en las filas del yo o bien en las filas de la Verdad. No es posible situarse a medio camino. «Está el yo y está la Verdad; donde está el yo, no está la Verdad, donde está la Verdad, no está el yo». Así habló Buda, el profesor de la Verdad, mientras que Jesús, el Cristo manifestado, declaro:

Ningún hombre puede servir a dos maestros, porque o bien odiará a uno y amará al otro, o seguirá a uno y despreciará al otro. No puedes servir a Dios y a Mamón.

La Verdad es tan simple, tan absolutamente libre de desviación y de concesiones que no admite complejidad, ni cambios, ni calificativos. El yo es ingenioso, retorcido y

está gobernado por un deseo sutil y esquivo, admite cambios interminables y calificativos, y los engañados adoradores del yo imaginan en vano que pueden gratificar todos sus deseos mundanos y al mismo tiempo poseer la Verdad. Pero los amantes de la Verdad la adoran sacrificando el yo, y se protegen incesantemente contra lo mundano y el egoísmo.

¿Quieres conocer y experimentar la Verdad? En ese caso debes estar dispuesto al sacrificio, a la máxima renuncia, porque la Verdad en toda su gloria solo puede ser percibida y conocida cuando el último vestigio del yo ha desaparecido.

El Cristo eterno declaró que quien quisiera ser su discípulo debía «negarse a sí mismo diariamente». ¿Estás dispuesto a negarte, a renunciar a tus deseos, a tus prejuicios, a tus opiniones? Si es así, puedes entrar en el camino estrecho de la Verdad, y encontrar esa paz a la que el mundo no tiene acceso. La negación absoluta, la extinción completa del yo, es el estado perfecto de la Verdad, y todas las religiones y filosofías no son sino ayudas para conseguir este logro supremo.

El yo es la negación de la Verdad. A un tiempo, esta es la negación del yo. Conforme dejes que muera el yo, renacerás en la Verdad. A medida que te aferres al yo, ella se ocultará a ti.

Mientras te aferres al yo, tu camino estará plagado de dificultades, y tu suerte será marcada por el dolor, la pena y las decepciones. No hay dificultades en la Verdad, y al venir a ella, te liberarás de todo dolor y decepción.

La Verdad misma no está oculta ni es oscura. Siempre está revelada y es perfectamente transparente. Pero el yo ciego y caprichoso no puede percibirla. La luz del día no está oculta excepto para los ciegos, y la Luz de la Verdad no está oculta excepto para aquellos que se hallan cegados por el yo.

La Verdad es la Realidad una del universo, la Armonía interna, la perfecta Justicia, el Amor eterno. No se le puede añadir ni quitar nada. No depende de ningún hombre, pero todos los hombres dependen de ella. No puedes percibir su belleza de mientras mires con los ojos del yo. Si eres vanidoso, lo colorearás todo con tu propia vanidad. Si eres lujurioso, tu corazón y tu mente estarán tan nublados por el humo y las llamas de la pasión que a través de ellas todo aparecerá distorsionado. Si eres orgulloso y estás lleno de opiniones, no verás otra cosa en todo el universo que la magnitud e importancia de tus propias opiniones.

Hay una cualidad que distingue principalmente al hombre de la Verdad del hombre del yo: la «humildad». Estar no solo libre de vanidad, obstinación y egoísmo, sino considerar las propias opiniones como carentes de valor, eso ciertamente es verdadera humildad.

Quien está inmerso en el yo considera sus opiniones como la Verdad, y las de los demás hombres como errores. Pero el humilde amante de la Verdad que ha aprendido a distinguir entre esta y la opinión, mira a todos los hombres con ojos caritativos y no

trata de defender sus opiniones contra las de ellos, sino que sacrifica aquellas que más quiere para poder manifestar el espíritu de Verdad, que por su propia naturaleza, es inefable y solo puede ser vivida. Quien es más caritativo es quien más Verdad tiene.

Los hombres participan en controversias encendidas, e imaginan alocadamente que están defendiendo la Verdad, cuando en realidad solo defienden sus propios intereses insustanciales y sus opiniones perecederas. El seguidor del yo toma las armas contra los demás, mientras que el seguidor de la Verdad toma las armas contra sí mismo. La Verdad, al ser inmutable y eterna, es independiente de tu opinión y de la mía. Podemos entrar en ella o quedarnos fuera, pero tanto nuestra defensa como nuestro ataque son superfluos, y acabarán volviéndose contra nosotros mismos.

Los hombres, esclavizados por el yo, apasionados, orgullosos y tendentes a condenar, creen que su credo o religión particular es la Verdad, y que todas las demás religiones están en el error, y hacen proselitismo con ardor apasionado. No hay más que una religión, la religión de la Verdad. No hay más que un error, el error del yo. La Verdad no es una creencia formal, sino un corazón que aspira, santo y desinteresado, y quien la posee está en paz con todos y atesora a todos con pensamientos de amor.

Puedes saber fácilmente si eres un hijo de la Verdad o un adorador del yo; basta con examinar en silencio tu mente, tu corazón y tu conducta. ¿Albergas pensamientos de suspicacia, enemistad, envidia, lujuria y orgullo o luchas enconadamente contra ellos? En el primer caso estás encadenado al yo, independientemente de la religión que profeses; en el segundo, eres un candidato a la Verdad, aunque externamente no te adhieras a ninguna religión. ¿Eres apasionado, voluntarioso, autoindulgente, autocentrado y siempre estás tratando de conseguir tus propios fines? ¿O eres delicado, suave, desinteresado, ajeno a todo tipo de indulgencia y estás siempre dispuesto a renunciar a lo tuyo? En el primer caso, el yo es el maestro; en el segundo, la Verdad es el objeto de tus afectos. ¿Te esfuerzas por conseguir riquezas? ¿Luchas con pasión por tu partido? ¿Anhelas el poder y el liderazgo? ¿Tiendes a la ostentación y al autoensalzamiento? ¿O has renunciado al amor a las riquezas y a toda lucha? ¿Te sientes contento de ocupar el lugar más bajo y de pasar inadvertido? ¿Has dejado de hablar de ti mismo y de contemplarte con orgullo autocomplacido? En el primer caso, aunque puedas imaginar que adoras a Dios, el dios de tu corazón es el yo. En el segundo, aunque tal vez contengas tus labios de la adoración, habitas con el Altísimo.

Los signos por los que los amantes de la Verdad son conocidos son inequívocos. Escucha al Santo Krishna declararlos, en la preciosa traducción que hizo sir Edwin Arnold del *Baghavad Gita*:

Intrepidez, sinceridad del alma, la voluntad de luchar siempre por alcanzar sabiduría; mano abierta y apetitos gobernados; y piedad, y amor al estudio solitario; humildad, rectitud, no herir a

ningún ser viviente; veracidad, lentitud a la ira, una mente que deja ir con ligereza lo que otros aprecian; y ecuanimidad, y caridad que no espía las faltas de nadie; y ternura hacia todos los que sufren; un corazón alegre que no se deja agitar por los deseos; una actitud moderada, modesta y grave, noblemente mezclada con la hombría, con paciencia, fortaleza y pureza; un espíritu sin apetito de venganza, nunca dado a considerarse demasiado elevado, estos son los signos, ¡oh Príncipe Indio!, de aquel cuyos pies están en el camino justo que conduce a un nacimiento celestial.

Cuando los hombres, perdidos en los caminos desviados del error y del yo, han olvidado el «nacimiento celestial», el estado de santidad y Verdad, establecen criterios artificiales con los que juzgarse unos a otros, y con los que aceptar y adherirse a su propia teología particular, con los que probar la Verdad. Y así, los hombres están divididos unos contra otros, y existen enemistad y lucha incesantes, dolor y sufrimiento interminables.

Lector, ¿estás tratando de nacer a la Verdad? Solo hay un modo de hacerlo: «Deja morir al yo». Abandona todos esos anhelos, deseos, apetitos, opiniones, concepciones limitadas y prejuicios a los que hasta ahora te has apegado tan tenazmente. No sigas permitiendo que te mantengan aprisionado, y la Verdad será tuya. Deja de considerar que tu religión es superior a las demás, y lucha humildemente por aprender la lección suprema de la caridad. Ya no te apegues a la idea, que tanto protege la lucha y el dolor, de que el Salvador a quien adoras es el único Salvador, y de que el Salvador a quien tu hermano adora con igual sinceridad y ardor es un impostor; busca más bien, con diligencia, el camino de la santidad, y entonces te darás cuenta de que cada hombre santo es un salvador de la humanidad.

La renuncia al yo no es un mero abandono de las cosas externas. Consiste en renunciar al pecado interno, al error interno; no a los atuendos vanidosos ni a las riquezas, ni abstenerse de tomar ciertos alimentos; no se trata de pronunciar palabras suaves; uno no halla la Verdad por el simple hecho de realizar estas prácticas, sino renunciando a la vanidad y al deseo de riquezas; absteniéndose del deseo de autoindulgencia; diciéndole adiós al odio, a la lucha, a la condena, a la autogratificación, y haciéndose delicado y puro de corazón; así es como se halla la Verdad. Practicar lo primero y no lo segundo es fariseísmo e hipocresía, mientras que la práctica de lo segundo ya lleva incluido lo primero.

Puedes renunciar al mundo externo y aislarte en una cueva o en las profundidades del bosque, pero te llevarás todo tu egoísmo contigo y, a menos que te deshagas de él, tu desgracia ciertamente será grande y profundo tu engaño. Puedes quedarte

donde estás, llevando a cabo todos tus deberes, y sin embargo renunciar al mundo, el enemigo interno. Estar en el mundo y no pertenecer a él es la perfección más alta, la paz más bendita, la mayor victoria. La renuncia del yo es el camino de la Verdad; por lo tanto:

Entra en el Camino. No hay pena como el odio; no hay dolor como la pasión, no hay engaño como el de los sentidos. Entra en el Camino; lejos ha llegado aquel cuyo pie es capaz de pisar una afrenta.

A medida que consigas superar el yo, empezarás a ver las cosas en su justa relación. Quien se siente movido por cualquier pasión, prejuicio, gusto o aversión lo ajusta todo a ese sesgo particular y solo ve sus propias ilusiones. Quien está absolutamente libre de toda pasión, prejuicio, preferencia y parcialidad se ve a sí mismo tal como es, a los demás como son y a las cosas en su justa proporción. Como no tiene nada que atacar, nada que defender, nada que ocultar y ningún interés que proteger, se siente en paz. Ha alcanzado la profunda simplicidad de la Verdad, porque este estado sereno, libre de desviación y bendito de la mente y del corazón es el estado de la Verdad. Quien lo alcanza habita con los ángeles, y se sienta a los pies del Supremo.

Cuando uno conoce la Gran Ley, el origen del dolor, el secreto del sufrimiento y el camino de la emancipación en la Verdad, ¿cómo puede involucrarse en la lucha o en la condena? Porque, aunque sabe que el mundo es ciego y egoísta, que está rodeado por las nubes de sus propias ilusiones y envuelto en la oscuridad del error y del yo, aunque sabe que no puede percibir la Luz permanente de la Verdad y es completamente incapaz de comprender la profunda simplicidad del corazón que ha muerto —o que está muriendo— al yo, también sabe que cuando las eras de sufrimiento hayan acumulado montañas de dolor, el alma del mundo, cargada y aplastada, volará a su refugio final, y cuando las eras se completen, cada hijo pródigo volverá al seno de la Verdad. Y así, él habita en la buena voluntad hacia todos, y lo considera todo con esa tierna compasión que un padre derrama sobre su hijo travieso.

Los hombres no pueden entender la Verdad porque se aferran al yo, porque creen en él y lo aman, porque creen que es la única realidad, cuando de hecho se trata de la única ilusión.

Cuando dejes de creer en el yo y de amarlo, lo abandonarás y volarás hacia la Verdad; será entonces el momento en que encontrarás la Realidad eterna.

Cuando los hombres se intoxican con los vinos del lujo, del placer y de la vanidad, la sed de vida aumenta y se profundiza dentro de ellos, y se engañan a sí mismos con sueños de inmortalidad carnal. Pero, cuando llega la hora de recoger la cosecha que

sembraron y les sobreviene el dolor y el sufrimiento, entonces, aplastados y humillados, renunciando al yo y a todas sus intoxicaciones, vienen, con el corazón dolorido, a la inmortalidad una, a la inmortalidad que destruye todas las ilusiones, a la inmortalidad espiritual en la Verdad.

Los hombres pasan del mal al bien, del yo a la Verdad, atravesando la puerta oscura del dolor, porque este y el yo son inseparables. Solo se renuncia a todo el dolor en la paz y en la dicha de la Verdad. Si sufres una decepción porque tus queridos planes se han visto frustrados, o porque alguien no ha cumplido tus expectativas, se debe a que te estás aferrando al yo. Si sufres remordimientos por tu conducta, es porque has abierto la puerta al yo. Si te lamentas por la actitud que otra persona ha tenido hacia ti, es debido a que has estado atesorando el yo. Si te sientes herido a causa de lo que te han dicho o hecho, se debe a que estás caminando por el doloroso camino del yo. Todo sufrimiento es del yo. Todo sufrimiento acaba en la Verdad. Cuando hayas entrado en ella y la hayas experimentado, ya no sufrirás decepciones, remordimientos y lamentos, y el dolor huirá de ti.

El yo es la única prisión que puede encadenar al alma; la Verdad es el único ángel que puede abrirle las puertas; y cuando venga a llamarte, ponte de pie y síguele de prisa. Es posible que su camino atraviese la oscuridad, pero finalmente conduce a la luz.

El infortunio del mundo lo fabrica el propio mundo. El dolor purifica y profundiza el alma, y el sufrimiento extremo es el prelude de la Verdad.

¿Has sufrido mucho? ¿Has tenido un dolor muy hondo? ¿Has reflexionado seriamente sobre los problemas de la vida? Si es así, estás preparado para librar la batalla contra el yo y convertirte en discípulo de la Verdad.

El intelectual que no ve la necesidad de renunciar al yo formula interminables teorías sobre el universo y las llama Verdad. Tú, sin embargo, sigue esa línea de conducta recta que es la práctica de la rectitud, y alcanzarás esa Verdad que no tiene un lugar en la teoría, esa Verdad que nunca cambia. Cultiva tu corazón. Riégalo continuamente con amor desinteresado y con piedad profundamente sentida, y esfuérzate por dejar fuera de él todos los pensamientos y sentimientos que no estén de acuerdo con el Amor. Devuelve bien por mal, amor por odio, delicadeza por maltrato, y mantente en silencio cuando te ataquen. Así transmutarás todos tus deseos egoístas en el oro puro del Amor, y el yo desaparecerá en la Verdad. De esa forma caminarás sin tacha entre los hombres, atado al yugo leve de la mansedumbre y vestido con el divino atuendo de la humildad.

¡Oh, ven, cansado hermano! Acaba tu lucha y esfuerzo en el corazón del Maestro de compasión. ¿Por qué atraviesas el aburrido desierto del yo, sintiendo sed de las aguas ligeras de la Verdad?

Mientras estás aquí, en este camino de búsqueda y pecado, ¿fluye el alegre arroyo de la Vida, el verde oasis del Amor? Ven, tumbate y descansa; conoce el final y el principio, lo buscado y el buscador, el vidente y lo visto.

Tu Maestro no está en las montañas lejanas ni habita en el espejismo que flota en el aire, y tampoco descubrirás sus fuentes mágicas en los caminos de arena que rodean la desesperación.

Deja de buscar cansadamente en el oscuro desierto del yo las olorosas pistas de los pies de tu Rey; y si escuchas el dulce sonido de su charla, sé sordo a todas las voces de los cantos vacíos.

Huye de los lugares que se esfuman; renuncia a todo lo que posees; deja atrás todo lo que amas y, descalzo y desnudo, lánzate al altar más interno; el Altísimo, el Santísimo, el Inmutable está allí.

Dentro habita Él, en el corazón del Silencio. Abandona el dolor y el pecado, abandona tu doloroso vagar. Ven a bañarte en su Alegría, mientras Él, susurrando, dice a tu alma lo que buscaba; no deambules más.

Después cesa, cansado hermano, en tu lucha y en tu esfuerzo; encuentra paz en el corazón del Maestro de compasión; atraviesa el aburrido desierto del yo, y ven a beber las aguas livianas de la Verdad.

ADQUIRIR PODER ESPIRITUAL

El mundo está lleno de hombres y mujeres que buscan placer, excitación, novedades, ser movidos a la risa o a las lágrimas. No van en pos de la fuerza, la estabilidad y el dominio, sino que cortejan la debilidad y se dedican afanosamente a dispersar el poder que tienen.

Los hombres y mujeres de verdadera supremacía e influencia son pocos, porque pocos están preparados para hacer el sacrificio necesario para adquirir poder, y aún menos están dispuestos a construir pacientemente su carácter.

Ser movido por los pensamientos e impulsos fluctuantes es ser débil. Por el contrario, controlar correctamente y dirigir esas fuerzas es ser poderoso. Los hombres de intensas pasiones animales tienen mucha de la ferocidad de la bestia, pero eso no es poder. Los elementos de este se encuentran ahí, pero solo cuando la ferocidad es amansada y dominada por la inteligencia superior comienza el verdadero poder; y los hombres solo pueden crecer en poder despertando a estados de inteligencia y conciencia más y más elevados.

La diferencia entre un hombre débil y uno de poder no reside en la fuerza de su voluntad personal (porque el hombre obstinado suele ser débil y alocado), sino en ese enfoque de conciencia que representa su estado de conocimiento.

Los buscadores de placer, los amantes de la excitación, los cazadores de novedades y las víctimas de los impulsos y las emociones histéricas no tienen ese conocimiento de los principios que da equilibrio, estabilidad e influencia.

Un hombre empieza a desarrollar poder cuando, controlando sus impulsos e inclinaciones egoístas, retorna a la conciencia superior y más calmada dentro de sí, y comienza a estabilizarse en sus principios. La realización de los principios de conciencia inmutables es al mismo tiempo la fuente y el secreto del poder más alto.

Cuando, después de mucho buscar, sufrir y sacrificarse, la luz de un principio eterno amanece en el alma, le sigue una calma divina, y una alegría inexpresable contenta el corazón.

Quien ha experimentado tal principio deja de vagar, y se mantiene aposentado y autoposeído. Deja de ser un «esclavo de la pasión» y se convierte en un maestro-constructor del Templo del Destino.

El hombre que está gobernado por el yo, y no por un principio, cambia su apariencia cuando sus comodidades egoístas se ven amenazadas. Tiene la clara intención de defender y guardar sus intereses, y considera que todos los medios son legítimos para servir a ese fin. Siempre está pensando en cómo protegerse de sus enemigos, pues está demasiado centrado en sí mismo para percibir que él es su propio enemigo. El trabajo de un hombre así se viene abajo porque está divorciado de la Verdad y del poder. Todo esfuerzo centrado en el yo perece; solo permanece el trabajo construido sobre un principio indestructible.

El hombre que se alza sobre un principio es el mismo hombre calmado, intrépido y autoposeído en toda circunstancia. Cuando llega la hora de la prueba, y él tiene que decidir entre su comodidad personal y la Verdad, renuncia a sus comodidades y se mantiene firme. Incluso la perspectiva de la tortura y de la muerte no puede alterarle o desviarle. El hombre del yo considera la pérdida de su riqueza, de su comodidad o de su vida como la mayor calamidad que le puede acontecer. El hombre de principios considera estos incidentes insignificantes, y piensa que no han de ser compensados con una pérdida de carácter, de Verdad. Para él, abandonar la Verdad es lo único que puede considerarse una calamidad.

Es la hora de crisis la que decide quiénes son los sirvientes de la oscuridad y quiénes los hijos de la Luz, esa época en la que amenazan desastres, ruina y persecución y revela a la mirada reverente de las eras futuras a los hombres y mujeres de poder.

Resulta fácil para un hombre, mientras permanezca en el disfrute de sus posesiones, persuadirse a sí mismo de que cree en los principios de la Paz, la Hermandad y el Amor universal, y se adhiera a ellos; pero si cuando su disfrute se ve amenazado —o él imagina que está amenazado— empieza a clamar por la guerra, eso muestra que no está a favor de la Paz, la Hermandad y el Amor, sino de la lucha, el egoísmo y el odio.

Quien no abandona sus principios ante la amenaza de perder todas las cosas mundanas, incluso la reputación y la vida, es el hombre de poder; es el hombre cuya

palabra y cuyo trabajo permanecen, aquel a quien el mundo del futuro honrará, respetará y adorará. En lugar de abandonar el principio del Amor divino en el que descansaba, y en el que tenía depositada toda su confianza, Jesús soportó la agonía y la privación más extremas; y actualmente el mundo se postra a sus horadados pies en arrobada adoración.

No hay manera de adquirir poder espiritual excepto mediante esa iluminación interna que es la experimentación de los principios espirituales; y esos principios solo pueden lograrse mediante la práctica y la aplicación constantes.

Toma el principio del Amor divino y medita aquietada y diligentemente sobre el objetivo de llegar a un entendimiento completo de él. Haz que su linterna se enfoque sobre tus hábitos, tus acciones, tu discurso e interrelaciones con otros, sobre cada uno de tus pensamientos y deseos secretos. Conforme perseveres en ello, el Amor divino se te revelará más y más perfectamente, y tus propios errores se alzarán en un contraste cada vez más vívido, espoleándote a realizar nuevas tareas. Y después de haber vislumbrado la incomparable majestad del principio imperecedero, nunca volverás a caer en tu debilidad, en tu egoísmo, en tu imperfección, sino que perseguirás ese Amor hasta haber renunciado a cada elemento discordante y haber logrado una perfecta armonía con él. Y ese estado de armonía interna es el poder espiritual.

Toma también otros principios espirituales, como la Pureza y la Compasión, aplícalos de la misma manera y —la Verdad es tan exigente que no podrás parar— no hallarás lugar de descanso hasta que el atuendo más interno de tu alma esté limpio de toda mácula, y tu corazón sea incapaz de cualquier impulso condenatorio, duro o despiadado.

Solo en la medida que comprendas, experimentes y confíes en estos principios, adquirirás poder espiritual, y ese poder se manifestará en y a través de ti en forma de un creciente desapasionamiento, paciencia y ecuanimidad.

El desapasionamiento exige un autocontrol superior, la paciencia sublime es la marca misma del conocimiento divino, y el hecho de retener la calma absoluta en medio de todos los deberes y distracciones de la vida es el sello del hombre de poder. «En el mundo es fácil vivir según la opinión del mundo; en soledad es fácil vivir según nuestra propia opinión, pero el gran hombre es aquel que, en medio de la multitud, conserva con perfecta dulzura la independencia de la soledad».

Algunos místicos mantienen que la perfección en el desapasionamiento es la fuente de ese poder por el que se realizan los (denominados) milagros, y verdaderamente quien ha ganado un control tan perfecto de todas sus fuerzas internas que ningún choque, por grande que sea, puede desequilibrarle ni por un momento debe ser capaz de guiar y dirigir dichas fuerzas con mano maestra.

Crece en el autocontrol, en la paciencia y en la ecuanimidad es crecer en fuerza y poder; y solo puedes crecer así enfocando tu conciencia en un principio. El niño, después de hacer muchos y vigorosos intentos de caminar sin ayuda, al fin tiene éxito y lo consigue, tras numerosas caídas; asimismo, tú debes entrar en el camino del poder intentando en primer lugar alzarte por ti mismo. Aléjate de la tiranía de la costumbre, de la tradición, de los convencionalismos y de las opiniones de otros hasta que consigas caminar solo y erguido entre los hombres. Confía en tu propio juicio, sé fiel a tu conciencia, sigue la Luz que habita en ti, ya que todas las luces externas son quimeras. Habrá personas que te digan que eres alocado, que te falta juicio, que tu conciencia está desviada y que la Luz dentro de ti es oscuridad, pero no los escuches. Si lo que dicen es verdad, cuanto antes lo averigües tú, el buscador de la sabiduría, tanto mejor; y solo puedes hacer ese descubrimiento poniendo a prueba tus poderes. Por lo tanto, sigue tu curso valientemente. Al menos tu conciencia es tuya, y seguirla es lo que hace de ti un hombre; seguir la conciencia de otro es ser esclavo. Tendrás muchas caídas, sufrirás muchas heridas, soportarás muchos golpes durante algún tiempo, pero sigue adelante con fe, creyendo que tienes ante ti una victoria cierta y segura. Busca una roca, un principio, y tras haberlo hallado, aférrate a él; ponlo bajo tus pies y álzate hasta que al fin, fijo e inmóvil sobre él, consigas desafiar la fuerza de las olas y de las tormentas del egoísmo.

Porque el egoísmo es cualquier forma de disipación, debilidad y muerte; la ausencia de egoísmo es, en su aspecto espiritual, conservación, poder y vida. A medida que crezcas en la vida espiritual y te establezcas en sus principios te volverás tan hermoso e inmutable como dichos principios, saborearás la dulzura de su esencia inmortal y alcanzarás la naturaleza eterna e indestructible del Dios interno.

Ninguna corriente dañina puede alcanzar al hombre recto, que se alza erguido en medio de las tormentas del odio, desafiando el daño, la injuria y la prohibición, rodeado por los temblorosos esclavos del Destino. Majestuoso en la fuerza de su poder silencioso, se mantiene sereno, sin cambios ni giros. Paciente y firme en la oscura hora del sufrimiento, el tiempo se pliega a él, y a la muerte y la condenación desdeña. Los chocantes rayos de la ira golpean a su alrededor, y los profundos truenos del infierno giran en torno a su cabeza; sin embargo, él no los oye, porque no pueden matar a aquel que se alza donde la tierra, el espacio y el tiempo han huido. Arropado por el amor inmortal, ¿qué podría temer? Con la armadura de la Verdad inmutable, ¿qué puede saber él de pérdidas o ganancias? Conociendo la eternidad, él no se mueve mientras las sombras vienen y van.

Llámale inmortal, llámale Verdad y Luz y esplendor de profética majestad a quien así se presenta entre los poderes de la noche, vestido con la gloria de la divinidad.

LA EXPERIMENTACIÓN DEL AMOR

Se dice que Miguel Ángel veía en cada bloque de mármol algo bello esperando la mano maestra que lo hiciera real. Asimismo, dentro de cada uno reposa la Imagen divina esperando la mano maestra de la Fe y el cincel de la Paciencia para llevarlo a la manifestación. Y esa Imagen divina se revela y experimenta como Amor inmaculado, caritativo.

Escondido en lo profundo de cada corazón humano, aunque frecuentemente cubierto por un montón de acreencias duras y casi impenetrables, está el espíritu del Amor divino, cuya esencia santa e inmaculada es inmortal y eterna. Es la Verdad en el hombre, aquello que pertenece al Supremo, que es real e inmortal. Todo lo demás cambia y pasa; solo él es permanente e imperecedero. Plasmar este Amor mediante la práctica diligente de la más alta rectitud, vivir en él y ser plenamente consciente de él es entrar en la inmortalidad aquí y ahora, hacerse uno con la Verdad, con Dios, con el Corazón central de todas las cosas, y conocer nuestra naturaleza divina y eterna.

Para alcanzar este Amor, para entenderlo y experimentarlo, uno debe trabajar con gran persistencia y diligencia sobre su propio corazón y mente; ha de renovar siempre su paciencia y fortalecer su fe, porque habrá mucho que limpiar, mucho que retirar antes de que la Imagen divina sea revelada en toda su gloriosa belleza.

Quien intenta alcanzar y experimentar la voluntad divina será puesto a prueba al máximo. Esto es absolutamente necesario, porque ¿de qué otro modo se podría adquirir esa sublime paciencia sin la que no hay verdadera sabiduría ni divinidad? A

medida que siga adelante, todo su trabajo parecerá fútil, y creará que sus esfuerzos se han desperdiciado. De vez en cuando un toque apresurado arruinará su imagen, y tal vez cuando imagine que su trabajo está casi completo, descubrirá que lo que imaginaba que era la hermosa forma de lo Divino está totalmente destruida, y él debe empezar de nuevo, con la amarga experiencia del pasado, para guiarle y ayudarlo. Pero quien ha decidido llegar a la consecución de lo Más Alto no reconoce la derrota. Todos los fracasos son aparentes, no reales. Cada resbalón, cada caída, cada vuelta al egoísmo es una lección aprendida, una experiencia adquirida de la que se extrae un grano dorado de sabiduría que ayuda al esforzado a conseguir su elevado objetivo.

Reconocer

que con nuestros vicios podemos construir una escalera en la
que pisar y dejar bajo nuestros pies cada acto vergonzoso

es entrar en el camino que conduce inequívocamente hacia lo Divino, y los fracasos de quien reconoce esto como identidades muertas sobre las que él se alza, usándolos como puntos de apoyo para alcanzar metas más altas.

Cuando consideres tus fracasos, dolores y sufrimientos como las múltiples voces que te dicen llanamente dónde eres débil y tienes fallos, dónde estás por debajo de lo verdadero y lo Divino, empezarás a observarte a ti mismo, y cada deslizamiento, cada embate del dolor, te mostrará dónde tienes que ponerte a trabajar y qué has de retirar de tu corazón para llevarlo más cerca de lo Divino, más cerca del Amor perfecto. Y, a medida que sigas adelante, distanciándote día a día del egoísmo interno, el Amor desinteresado empezará a revelarse a ti. Y cuando crezcas en paciencia y calma, cuando dejes atrás tus enfados e irritabilidad, y los apetitos y prejuicios más poderosos dejen de dominarte y esclavizarte, sabrás que lo Divino está despertando dentro de ti, que te estás acercando al Corazón eterno, que no te hallas lejos del Amor puro, cuya posesión es paz e inmortalidad.

El Amor divino se distingue del amor humano en un aspecto que es de suprema importancia: está libre de parcialidad. El segundo se aferra a un objeto particular y excluye a todos los demás, y cuando ese objeto le es retirado, el amante sufre profundamente. El primero, sin embargo, abraza a todo el universo y, sin aferrarse a parte alguna, contiene en sí la totalidad, y quien llega a él purificándose gradualmente y ensanchando sus amores humanos, hasta que todos los elementos egoístas e impuros han sido quemados, deja de sufrir. El Amor tan absolutamente puro que no quiere nada para sí mismo no puede producir ningún dolor. Como los amores humanos son estrechos, confinados y están mezclados con egoísmo, causan sufrimiento. No obstante, son absolutamente necesarios como pasos hacia lo Divino, y ningún alma estará preparada para participar del Amor divino hasta que haya sido

capaz de albergar el más profundo e intenso amor humano. Solo pasando por los amores y los sufrimientos humanos podemos alcanzar y experimentar el Amor divino.

Todos los amores humanos son perecederos como las formas a las que se aferran; pero hay un Amor que es imperecedero y que no se apega a las apariencias.

Todos los amores humanos están compensados por odios humanos; pero hay un Amor que no admite opuesto o reacción: divino y libre de todo sesgo del yo, derrama su fragancia sobre todos por igual.

Los amores humanos son reflejos del Amor divino, y llevan el alma más cerca de la realidad, el Amor que no conoce dolor ni cambio.

Está bien que la madre, apegándose con apasionada ternura a la pequeña forma indefensa que tiene en su regazo, se sienta abatida por las negras aguas del sufrimiento cuando la vea yacer sobre la tierra fría. Está bien que fluyan sus lágrimas y que le duela el corazón, porque solo así puede recordar la naturaleza evanescente de las alegrías y de los objetos de los sentidos, y acercarse a la Realidad imperecedera y eterna.

Está bien que el amante, hermano, hermana, esposo o esposa sufran una profunda angustia y se sientan entristecidos cuando el objeto visible de sus afectos les es arrebatado; de este modo aprenden a dirigir su amor hacia la Fuente invisible de todas las cosas, el único lugar donde puede hallarse satisfacción duradera.

Está bien que los orgullosos, los ambiciosos y los egoístas sufran derrotas, humillaciones y reveses, y que atraviesen los fuegos ardientes de la aflicción, porque solo así puede el alma caprichosa ser llevada a reflexionar sobre el enigma de la vida; únicamente así puede ablandarse y purificarse el corazón, y estar así preparado para recibir la Verdad.

Cuando el aguijón de la angustia penetra en el corazón del amor humano; cuando la tristeza, la soledad y el abandono nublan el alma, alejándola de la amistad y la confianza, el corazón se gira hacia el Amor protector de lo Eterno, y encuentra descanso en su paz silenciosa. Y quien viene a este Amor no es rechazado ni incomodado, no es atravesado por la angustia ni se ve rodeado de tristeza, y nunca se siente abandonado en la oscura hora de la prueba.

La gloria del Amor divino solo puede revelarse en el corazón castigado por el dolor, y la imagen del estado celestial se percibe y experimenta cuando se extirpa la acumulación informe y sin vida de la ignorancia y del yo.

Solo podemos llamar divino a ese Amor que no busca la gratificación ni la recompensa personal, que no establece distinciones ni deja atrás un corazón dolorido.

Los hombres, aferrándose al yo y a las ingratas sombras del mal, tienen el hábito de pensar que el Amor divino es algo perteneciente a Dios, fuera de su alcance; algo fuera de sí mismos que debe seguir permaneciendo fuera. Es cierto que el Amor de Dios siempre se encuentra más allá del alcance del yo, pero cuando el corazón y la

mente se vacían del yo, el Amor puro, el Amor supremo, el Amor de Dios y de la Bondad se convierte en una realidad interna permanente.

Y esta realización interna del Amor santo no es otra cosa que el Amor de Cristo, del que tanto se habla y que tan poco se comprende. El Amor que no solo salva el alma del pecado, sino que también la eleva por encima de la tentación.

Pero ¿cómo puede uno alcanzar esta realización sublime? La respuesta que la Verdad siempre ha dado y siempre dará a esta pregunta es: «Vacíate, y yo te llenaré». El Amor divino no puede ser conocido hasta que el yo haya muerto, porque el yo es la negación del Amor. ¿Cómo es posible que lo conocido sea también negado? Hasta que se retira la piedra del yo del sepulcro del alma, el Cristo inmortal, el Espíritu del Amor puro —hasta ese momento crucificado, muerto y enterrado— no puede deshacerse de los vendajes de la ignorancia y manifestarse en toda la majestad de su resurrección.

Crees que el Cristo de Nazaret murió y resucitó. Yo no digo que tu creencia esté errada; pero si te niegas a creer que el dulce espíritu del Amor es crucificado diariamente en la cruz oscura de tus deseos egoístas, yerras por no creer, y aún no has percibido, ni de lejos, el Amor de Cristo.

Afirmas que has saboreado la salvación en el Amor de Cristo. ¿Estás salvado de tus enfados, de tu irritabilidad, de tu vanidad, de aquello que te disgusta, de tus juicios y de tus condenas a otros? Si no es así, ¿de qué te has salvado y dónde plasmas el Amor transformador de Cristo?

Quien ha experimentado el Amor divino se ha convertido en un hombre nuevo, y ha dejado de ser zarandeado y dominado por los viejos elementos del yo. Se le conoce por su paciencia, por su pureza, por su autocontrol, por la profunda caridad de su corazón y por su dulzura inalterable.

El Amor divino y puro no es un mero sentimiento o emoción, sino un estado de conocimiento que destruye el dominio del mal y la creencia en este, elevando el alma a la alegre experimentación del Bien supremo. Para los divinamente sabios, el conocimiento y el Amor son una unidad inseparable.

Todo el mundo se mueve hacia la completa consecución de este Amor divino; el universo vino a la existencia para este propósito, y cada aproximación a la felicidad, cada acercamiento del alma hacia los objetos, ideas e ideales, es un esfuerzo por alcanzarlo. Pero el mundo no consigue este Amor en el presente porque se aferra a las sombras pasajeras e ignora, en su ceguera, la sustancia. Y así el dolor y el sufrimiento continúan, y deben continuar hasta que el mundo, tras aprender por las penas autoinfligidas, descubra el Amor puro y desinteresado, la Sabiduría pacífica y serena.

Y este Amor, esta Sabiduría, esta Paz, este estado mental de tranquilidad puede alcanzarse; todos aquellos que estén dispuestos a renunciar al yo, y que se encuentren preparados para entrar humildemente en la comprensión de todo lo que implica la

renuncia al yo, pueden lograrlo. En el universo no hay ningún poder arbitrario, y las grandes cadenas del destino que traban a los hombres han sido forjadas por ellos mismos. Los hombres están encadenados a lo que les causa sufrimiento porque así lo desean, porque aman sus cadenas, porque creen que su pequeña y oscura prisión del yo es dulce y hermosa, y tienen miedo de que si la abandonan, perderán todo lo real y todo lo que merece la pena tener.

Vosotros sufrís por vosotros mismos, nadie os obliga; nadie más hace que viváis o muráis.

Y el poder interno que forjó las cadenas y construyó a su alrededor la prisión estrecha y oscura puede escapar cuando lo desee; y el alma deseará hacerlo cuando haya descubierto la falta de valor de su prisión, cuando el largo sufrimiento le haya preparado para recibir la Luz y el Amor ilimitados.

La sombra sigue a la forma, y como el humo al fuego, el efecto sigue a la causa; el sufrimiento o la dicha son la consecuencia de los pensamientos y de los actos de los hombres. No hay efecto en el mundo que nos rodea que no tenga su causa oculta o revelada, y dicha causa está en concordancia con la justicia absoluta. Los hombres recogen una cosecha de sufrimiento porque en el pasado cercano o distante sembraron semillas de maldad; y también recogen la cosecha de dicha por haber sembrado semillas de bondad. Deja que el hombre medite sobre esto, que se esfuerce por entenderlo; de esa manera empezará a sembrar únicamente semillas de bondad, y quemará las malas hierbas que ha dejado crecer en el jardín de su corazón.

El mundo no comprende el Amor puro y desinteresado porque está ensimismado en la persecución de sus propios placeres, constreñido en los estrechos límites de sus intereses perecederos, confundiendo, en su ignorancia, esos placeres e intereses con cosas reales y permanentes. Atrapado en las llamas de sus apetitos carnales y quemándose de angustia, no ve la belleza pura y pacífica de la Verdad. Alimentándose de las sucias cáscaras del error y el autoengaño, queda fuera de la mansión del Amor que todo lo ve.

Al no tener este Amor, al no entenderlo, los hombres llevan a cabo innumerables reformas que no requieren sacrificio interno; cada uno imagina que su reforma va a enderezar el mundo para siempre, mientras él mismo continúa propagando el mal involucrándose con él en su propio corazón. Solo puede llamarse reforma a lo que trata de modificar el corazón humano, porque todo mal surge ahí, y hasta que el mundo, cesando en su egoísmo y sus luchas partidistas, aprenda la lección del Amor divino, no llegará la Era Dorada de bendición universal.

Que los ricos dejen de despreciar a los pobres y que los pobres dejen de condenar a los ricos; que los avarientos aprendan a dar y que los lujuriosos se purifiquen; que los

partisanos abandonen su lucha y los impíos empiecen a perdonar; que los envidiosos se esfuercen por alegrarse por los demás, y los despilfarradores se avergüencen de su conducta. Deja que los hombres y mujeres sigan su curso y, de repente, la Era Dorada estará al alcance de su mano. Así, quien purifica su corazón es quien más beneficia al mundo.

Sin embargo, aunque el mundo está y seguirá estando durante muchas eras futuras alejado de la Era Dorada, que es la experimentación del Amor puro y caritativo, tú, si así lo quieres, puedes entrar en ella ahora elevándote por encima de tu yo egoísta; basta con pasar del prejuicio, el odio y la condena al Amor delicado y perdonador.

Donde hay odio, desprecio y condena no mora el Amor, que solo reside en el corazón que ha abandonado toda condena.

Tú dices: «¿Cómo puedo amar al borracho, al hipócrita, al engañoso, al asesino? Estoy obligado a rechazar y condenar a hombres así». Es cierto que no puedes amar a este tipo de hombres «emocionalmente», pero cuando dices que por fuerza debes despreciarlos y condenarlos, muestras que no estás familiarizado con el Gran Amor que todo lo gobierna. Porque es posible alcanzar un estado de iluminación interior tal que te permita conocer las cadenas de causas por las que estos hombres se han convertido en lo que son, entrar en sus intensos sufrimientos y conocer la certeza de su purificación última. Cuando poseas ese conocimiento, te será completamente imposible rechazarlos o condenarlos, y siempre pensarás en ellos con perfecta calma y profunda compasión.

Si amas a las personas y piensas en alabarlas hasta que de algún modo te frustran o hacen algo que desapuebas, y de esa manera te disgustan y hablas de ellas con desprecio, no estás gobernado por el Amor de Dios. Si en tu corazón estás condenando a otros continuamente, el Amor puro está oculto de ti.

Quien conoce que el Amor se halla en el corazón de todas las cosas, y ha experimentado la omnipotencia de ese Amor, no tiene lugar para la condena en su interior.

Los hombres, al no conocer este Amor, se erigen en jueces y ejecutores de sus hermanos, olvidando la existencia del Juez y Ejecutor Eterno, y en la medida que los hombres se desvían de sus hermanos según su propia opinión, de sus reformas y métodos particulares, los etiquetan de fanáticos, desequilibrados, y faltos de juicio, sinceridad y honestidad. Por el contrario, en la medida que otros se aproximan a sus propios estándares, los consideran admirables. Así son los hombres centrados en el yo. Pero aquel cuyo corazón está centrado en el Amor supremo no etiqueta y clasifica así a los demás hombres, y tampoco trata de convertirlos a sus propios puntos de vista, ni de convencerlos de la superioridad de sus métodos. Conociendo la Ley del Amor, la vive, y mantiene la misma actitud mental y dulzura de corazón hacia todos. Los viles y

los virtuosos, los necios y los sabios, los eruditos y los ignorantes, los egoístas y los desprendidos reciben igualmente la bendición de su pensamiento tranquilo.

Solo puedes alcanzar este conocimiento supremo, este Amor divino, mediante la disciplina constante, vencéndote una y otra vez a ti mismo. Únicamente los puros de corazón ven a Dios, y cuando tu corazón se encuentre lo suficientemente purificado entrarás en el Nuevo Nacimiento, y el Amor que no muere ni cambia, ni acaba en dolor y sufrimiento, despertará dentro de ti y te sentirás en paz.

Quien se esfuerza por alcanzar el Amor divino siempre está tratando de superar el espíritu de condenación, porque donde hay conocimiento espiritual puro no puede existir la condena, y el Amor solo se perfecciona y experimenta en el corazón que es incapaz de condenar.

El cristiano condena al ateo; el ateo satiriza al cristiano; el católico y el protestante disputan constantemente una batalla verbal, y el espíritu de lucha y de odio gobierna donde deberían reinar la paz y el amor.

«Quien odia a su hermano es un asesino», pues crucifica el divino Espíritu del Amor, y hasta que puedas contemplar a los hombres de todas las religiones y a aquellos sin religión con el mismo espíritu imparcial, completamente libre de aversión y con perfecta ecuanimidad, aún tienes que luchar por ese Amor que otorga libertad y salvación a quien lo posee.

El conocimiento de lo divino, el Amor puro, destruye totalmente el espíritu de condenación, dispersa todo mal y eleva la conciencia hasta las alturas de la visión pura donde el Amor, la Bondad y la Justicia se consideran universales, supremos, indestructibles y todopoderosos.

Entrena tu mente en el pensamiento fuerte, imparcial y delicado; entrena tu corazón en la pureza y en la compasión; entrena tu lengua en el silencio, y en el discurso sincero y sin mancha; así entrarás en el camino de la santidad y de la paz, y acabarás alcanzando el Amor inmortal. Viviendo así, sin intentar convencer, convencerás; sin discutir, enseñarás; sin albergar ambición alguna, los sabios irán a buscarte; y sin esfuerzo por ganarte la opinión de los hombres, doblegarás sus corazones. Porque el Amor todo lo conquista y todo lo puede; y los pensamientos, actos y palabras de Amor son imperecederos.

El conocimiento de ese Amor es universal, supremo, suficiente en sí mismo; es estar liberado de las redes del mal, alejarse de la inquietud interna, saber que todos los hombres se están esforzando por alcanzar la Verdad —cada uno a su manera—, sentirse satisfecho, libre de dolor, sereno; esto es paz, alegría, inmortalidad, Divinidad, la experimentación del Amor puro.

Me alcé sobre la orilla y vi las rocas resistir los embates del poderoso mar, y cuando pensé en los incontables golpes que habían soportado a lo largo de la eternidad, me dije: «Vanos son los incesantes esfuerzos de las olas para desgastar esta gran solidez». Pero cuando pensé cómo las rocas se habían deshecho y vi las arenas a mis pies (pobres remanentes pasivos de la resistencia agotada) lanzadas de aquí para allá, entonces vi antiguas marcas bajo las olas, y supe que las aguas hacían de las rocas sus esclavas.

Vi el poderoso trabajo que realizan las aguas con su flujo incesante y su paciente suavidad; cómo llevan el promontorio más orgulloso bajo sus pies, y tumban las grandes colinas; cómo las suaves gotas la pared diamantina conquistan al fin, y la hacen caer.

Y entonces supe que el pecado duro y resistente debe finalmente ceder al suave rodar incesante del Amor, a su ir y venir, a su eterno flujo sobre las orgullosas rocas del alma humana, hasta que toda resistencia se agote y pase, y finalmente todos los corazones se rindan a él.

ENTRAR EN EL INFINITO

Desde el principio de los tiempos, el hombre, a pesar de sus apetitos y deseos corporales, en medio de su apego a todo lo terrenal e impermanente, siempre ha sido consciente intuitivamente de la naturaleza limitada, transitoria e ilusoria de su existencia material, y en sus momentos de salud y silencio ha intentado alcanzar la comprensión del Infinito, y se ha vuelto, con aspiración llorosa, hacia la Realidad serena del Corazón eterno.

Mientras imagina en vano que los placeres terrenales son reales y satisfactorios, el dolor y la pena le recuerdan continuamente su naturaleza irreal e insatisfactoria. En perpetua lucha por creer que la satisfacción completa se halla en las cosas materiales, es consciente de que se revuelve internamente contra esta creencia, y su revuelta es al mismo tiempo una refutación de su mortalidad esencial y una prueba imperecedera de que solo en lo inmortal, en lo eterno y en lo infinito puede encontrar satisfacción duradera y paz continua.

Y este es el terreno común de la fe, la raíz y la fuente de toda religión; estos son el alma de la Hermandad y el corazón de Amor. El hombre es esencial y espiritualmente divino y eterno, e, inmerso en la mortalidad y azotado por la inquietud, siempre lucha por recuperar la conciencia de su verdadera naturaleza.

El espíritu del hombre es inseparable del Infinito, y no puede sentirse satisfecho más que con el Infinito. La carga de dolor continuará pesando sobre su corazón y las

sombras del dolor oscurecerán su camino hasta que, dejando de vagabundear en el mundo onírico de la materia, regrese a su hogar en la realidad de lo Eterno.

Tal como la menor gota de agua separada del mar contiene todas las cualidades del océano, así el hombre, separado en conciencia del Infinito, sigue siendo similar a él; y así como la gota de agua debe, por la ley de su naturaleza, encontrar finalmente su camino de vuelta al océano para perderse en sus profundidades silenciosas, también el hombre debe, por la ley infalible de su naturaleza, volver por fin a su fuente y perderse en el gran océano del Infinito.

Volver a hacerse uno con el Infinito es el objetivo del ser humano. Entrar en una armonía perfecta con Ley Eterna es Sabiduría, Amor y Paz. Pero este estado divino es, y siempre debe ser, incomprendible para lo estrictamente personal. Personalidad, separación y egoísmo son lo mismo, la antítesis de la sabiduría y de la Divinidad. Por la rendición incondicional de la personalidad, cesan la separación y el egoísmo, y el hombre entra en posesión de su herencia divina de inmortalidad e infinitud.

La mente mundana y egoísta considera que esta rendición de la personalidad es la peor de las calamidades, la pérdida más irreparable, y sin embargo es la bendición suprema e incomparable, la única ganancia duradera y real. La mente que no está iluminada con respecto a las leyes internas del ser, así como la naturaleza y el destino de su propia vida, se aferra a las apariencias pasajeras, a cosas que no poseen sustancialidad duradera, y de esta manera perece, de momento, en el naufragio y hundimiento de sus propias ilusiones.

Los hombres se aferran a la carne y la gratifican como si fuera a durar eternamente, y aunque tratan de olvidar la cercanía y la inevitabilidad de su disolución, el miedo a la muerte y a la pérdida de todo aquello a lo que se apegan nubla sus horas más felices, y la sombra helada de su propio egoísmo los sigue como un espectro implacable.

Con la acumulación de comodidades y lujos temporales, la Divinidad dentro de ellos está drogada, y así se hunden más y más en el materialismo, en la vida perecedera de los sentidos; allí donde hay suficiente intelecto, las teorías relacionadas con la inmortalidad de la carne llegan a ser consideradas verdades infalibles. Cuando el alma de un hombre está nublada por el egoísmo en cualquier forma que tome, pierde el poder de la discriminación espiritual, y confunde lo temporal con lo eterno, lo perecedero con lo permanente, la mortalidad con la inmortalidad y el error con la Verdad. Así es como el mundo ha llegado a estar lleno de teorías y especulaciones que no se basan en la experiencia humana. Todo cuerpo de carne contiene dentro de sí, desde la hora de su nacimiento, los elementos de su propia destrucción, y por la ley inalterable de su naturaleza debe morir.

Lo perecedero del universo nunca puede hacerse permanente, ni lo permanente pasar y quedar atrás; lo mortal nunca puede hacerse inmortal, ni lo inmortal morir; lo temporal no puede hacerse eterno ni lo eterno hacerse temporal; la apariencia nunca

puede convertirse en realidad, ni la realidad perderse en la apariencia; el error nunca puede convertirse en Verdad, ni la Verdad en error. El hombre no es capaz de inmortalizar la carne, pero, superándola, renunciando a todas sus inclinaciones, puede entrar en la región de la inmortalidad. «Solo Dios es inmortal» y únicamente alcanzando el estado de conciencia de Dios entra el hombre en la inmortalidad.

La naturaleza es una miríada de formas de vida cambiantes, impermanentes, efímeras. Solo su principio informante permanece. La naturaleza es múltiple, y está marcada por la separación. El Principio informante es Uno, y está marcado por la unidad. Al superar los sentidos y el egoísmo internos, lo cual es la superación de la naturaleza, el hombre emerge de la crisálida de lo personal e ilusorio, y eleva sus alas hacia la gloriosa luz de lo impersonal, la región de la Verdad universal, de la que surgen todas las formas perecederas.

Deja, por tanto, que los hombres practiquen la negación de sí, que conquisten sus inclinaciones animales, que se nieguen a dejarse esclavizar por los lujos y placeres; déjales practicar la virtud, y crecer diariamente hacia una virtud cada vez más elevada, hasta que por fin alcancen lo Divino, y entren en la práctica y en la comprensión de la humildad, la mansedumbre, el perdón, la compasión y el Amor, práctica y comprensión que constituyen la Divinidad.

«La buena voluntad aporta intuición», y solo aquel que ha conquistado su personalidad para mantener una única actitud mental, la de la buena voluntad hacia todas las criaturas, es poseedor de la comprensión divina, y es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso. El hombre supremamente bueno es, por tanto, el hombre sabio, el hombre divino, el vidente iluminado, el conocedor de lo Eterno. Cuando encuentres delicadeza constante, paciencia duradera, humildad sublime, discurso grácil, autocontrol, olvido de ti mismo y profunda y abundante simpatía, busca allí la más alta sabiduría, busca la compañía de esa persona, porque ella ha experimentado lo Divino, vive en el Eterno y se ha hecho una con el Infinito. No creas en aquel que es impaciente, dado a la ira, pretencioso, que se aferra al placer y se niega a renunciar a sus gratificaciones egoístas, que no practica la buena voluntad y la compasión abarcante, porque tal persona no tiene sabiduría, todo su conocimiento es vano, y sus obras y palabras perecerán, porque están basadas en lo transitorio.

Deja que el hombre se abandone a sí mismo, que supere el mundo, que niegue lo personal; solo por este camino podrá entrar en el corazón del Infinito.

El mundo, el cuerpo, la personalidad son espejismos en el desierto del tiempo; sueños transitorios en la noche oscura del sueño espiritual. Los que han atravesado el desierto, los que están espiritualmente despiertos, solo ellos comprenden la Realidad Universal en la que todas las apariencias se disipan y los sueños e ilusiones son destruidos.

Hay una Gran Ley que exige obediencia incondicional, un principio unificador que es la base de toda diversidad, una Verdad eterna en la que todos los problemas de la tierra desaparecen como sombras. Experimenta esta Ley, esta Unidad, esta Verdad es entrar en el Infinito, hacerse uno con lo Eterno.

Centrar la propia vida en la Gran Ley del Amor es entrar en el descanso, la armonía, la paz. Evitar toda participación en el mal y la discordia, abandonar toda resistencia al mal y toda omisión de lo bueno y volver a caer en la obediencia incondicional de la santa calma interna es entrar en el corazón más interno de las cosas, obtener una experiencia viva y consciente de ese principio infinito y eterno que siempre debe seguir siendo un misterio oculto para el intelecto perceptivo. Hasta que no experimentamos este principio, el alma no se establece en la paz, y quien lo lleva a cabo es verdaderamente sabio; no sabio por su erudición, sino por la simplicidad de su corazón inmaculado y de su humanidad divina.

Entrar en la experimentación de lo Infinito y de lo Eterno es elevarse por encima del tiempo, del mundo y del cuerpo, que forman el reino de la oscuridad; y es establecerse en la inmortalidad, en el Cielo, y en el Espíritu, que constituyen el Imperio de la Luz.

Entrar en el Infinito no es una mera teoría o sentimiento, sino una experiencia vital que es el resultado de la práctica asidua de la purificación interna. Cuando ya no se cree ni remotamente que el cuerpo es el hombre real; cuando todos los apetitos y deseos están debidamente subyugados y purificados; cuando las emociones se hallan en calma y la oscilación del intelecto cesa, y está asegurado un aposentamiento perfecto, entonces, y no antes, la conciencia se hace una con el Infinito; hasta ese momento la sabiduría como la de un niño y la paz profunda no están aseguradas.

Los oscuros problemas de la vida cansan y vuelven grises a los hombres, que finalmente mueren dejándolos sin resolver porque no pueden encontrar una salida a la oscuridad de la personalidad, pues se encuentran muy empantanados en sus limitaciones. Cuando trata de salvar su vida personal, el hombre pierde el derecho a la gran Vida impersonal en la Verdad; al aferrarse a lo perecedero queda excluido del conocimiento de lo Eterno.

Al rendir el yo se superan todas las dificultades, y no hay error en el universo que el fuego del sacrificio interno no pueda quemar como si fuera paja; no existe problema, por grande que sea, que no desaparezca como una sombra bajo la linterna de la abnegación. Las dificultades solo existen en nuestras propias ilusiones, y desaparecen cuando renunciamos al yo. «Yo» y «error» son sinónimos. El error está envuelto en la oscuridad de una complejidad impenetrable, pero la eterna simplicidad es la gloria de la Verdad.

El Amor al yo separa a los hombres de la Verdad, y buscando su propia felicidad personal pierden la dicha más profunda, pura y permanente. Carlyle dice: «Hay en el

hombre algo más elevado que el amor a la felicidad. Él puede pasar sin felicidad, y sin embargo encontrar la bendición».

No ames el placer, ama a Dios. Este es el Sí Imperecedero en el que se resuelven todas las contradicciones; y todo está bien para quien así camina y trabaja.

Quien ha renunciado a ese yo, a esa personalidad que a los hombres les es tan querida y a la que se aferran con tanta tenacidad, ha dejado atrás toda perplejidad, y ha entrado en una simplicidad tan profunda que el mundo, encerrado en su trama de errores, considera necesidad. Sin embargo, tal persona ha experimentado la sabiduría más elevada y descansa en el Infinito. «Logra sin esforzarse» y todos los problemas se disipan ante él porque ha entrado en la región de la realidad, y ya no lidia con efectos cambiantes, sino con los principios inmutables de las cosas. Está iluminado por una sabiduría que es superior al raciocinio, tal como la razón es superior a la animalidad. Al renunciar a sus apetitos, a sus errores, a sus opiniones y a sus prejuicios, ha entrado en posesión del conocimiento de Dios, pues ha acabado con el deseo egoísta del cielo y, junto con él, con el miedo ignorante del infierno; al renunciar incluso al amor a la vida misma, ha adquirido la suprema dicha y la Vida Eterna, aquella que tiende un puente sobre la vida y la muerte, y conoce su propia inmortalidad. Al renunciar a todo sin reservas, lo ha ganado todo, y descansa en paz en el seno del Infinito.

Solo aquel que está tan libre del yo que se siente igualmente contento con ser aniquilado y vivir, o con vivir y ser aniquilado, está preparado para entrar en el Infinito. Solo aquel que, dejando de confiar en su yo percedero, ha aprendido a confiar de manera ilimitada en la Gran Ley, el Bien Supremo, está preparado para participar en la dicha que no muere.

Para tal persona ya no hay lamento, decepción ni remordimiento, porque allí donde el egoísmo ha cesado, estos sufrimientos no pueden ser; y él sabe que cualquier cosa que le ocurra es por su propio bien, y se siente contento, pues ya no es el servidor del yo, sino el servidor del Supremo. Ya no le afectan los cambios de la tierra, y cuando oye hablar de la guerra, su paz no se ve alterada; y cuando los hombres se muestran iracundos, cínicos y deseosos de luchar, él irradia amor y compasión. Aunque la apariencia pueda ser contradictoria, él sabe que el mundo está progresando, y que

en su risa y en su llanto, en su vida y conservación, en sus locuras y esfuerzos, tejiendo a la vista y en lo invisible, hacia el final desde el principio, en la virtud y el pecado, enrollado en la gran bobina divina del Progreso, discurre el dorado hilo de luz.

Cuando ruge una fiera tormenta, nadie se enfada, porque saben que terminará rápidamente, y cuando las tormentas de la disputa devastan el mundo, el hombre sabio, mirando con el ojo de la Verdad y de la compasión, sabe que todo pasará, y que de los corazones rotos que deja atrás, se construirá el Templo de Sabiduría inmortal.

Sublimemente paciente, infinitamente compasiva, profunda, silente y pura, su presencia misma es una bendición; y cuando él habla, los hombres ponderan sus palabras en sus corazones, y por medio de ellas se elevan hacia logros superiores. Así es el que ha entrado en el Infinito, el que, por el poder del completo sacrificio, ha resuelto el sagrado misterio de la vida.

Cuestionando la Vida, el Destino y la Verdad, busqué la Esfinge oscura y laberíntica, que me dijo esta cosa extraña y maravillosa: «La ocultación solo reside en los ojos ciegos, y solo Dios puede ver la Forma de Dios».

Traté de resolver el misterio oculto recorriendo en vano caminos de ceguera y dolor, pero cuando encontré el camino del Amor y de la Paz, acabó la ocultación, y yo ya no estaba ciego: entonces pude ver a Dios con los ojos de Dios.

SANTOS, SABIOS Y SALVADORES: LA LEY DEL SERVICIO

El espíritu de Amor, que se manifiesta como una vida perfecta y consumada, es la corona del ser y la meta suprema del conocimiento en esta tierra.

La medida de la verdad de un hombre es la medida de su amor, y la Verdad está muy alejada de aquel cuya vida no está gobernada por el Amor. Los intolerantes y los que condenan, aunque profesen la religión más elevada, poseen la mínima medida de Verdad; mientras que los que ejercitan la paciencia y escuchan con calma y desapasionadamente a todos por igual, llegando a conclusiones reflexivas y ecuánimes con respecto a los problemas y favoreciéndolas también en otros, son los que tienen una mayor medida de Verdad. Esta es la prueba final de la sabiduría: ¿cómo vive un hombre? ¿Qué espíritu manifiesta? ¿Cómo actúa cuando está sometido a pruebas y tentaciones? Muchos hombres que se jactan de estar en posesión de la Verdad se ven afectados continuamente por la pena, la decepción y la pasión, y se hunden ante la primera pequeña prueba que se les presenta. La Verdad solo puede ser inmutable, y en la medida que el hombre toma postura con respecto a ella, se fortalece en la virtud, elevándose por encima de sus pasiones, de sus emociones y de su cambiante personalidad.

Los hombres formulan dogmas percederos y los llaman Verdad. Esta no puede ser formulada porque es inefable, y está siempre más allá del alcance del intelecto. Solo puede ser experimentada en la práctica; solo puede manifestarse en un corazón sin mancha y en una vida perfecta.

Entonces, en medio de la incesante proliferación de escuelas, credos y partidos, ¿quién tiene la Verdad? Aquel que la vive. Aquel que la practica. Aquel que, superándose a sí mismo, se ha elevado por encima de la proliferación y ya no se involucra en ella, sino que se sienta aparte, aquietado, calmado y poseído de sí mismo, libre de toda tensión, de toda desviación y de toda condena, e irradia sobre todos el amor alegre y desinteresado de la divinidad interna.

Manifiesta la Verdad aquel que es paciente, sereno y delicado, y perdona en toda circunstancia. La Verdad nunca será probada mediante argumentos y tratados aprendidos, porque si los hombres no la perciben en la paciencia infinita, en el perdón imperecedero y en la compasión omniabarcante, ninguna palabra la podrá probar jamás.

Es fácil para los apasionados permanecer serenos y ser pacientes cuando se encuentran solos o cuando están en calma. Es igualmente fácil para los caritativos ser delicados y bondadosos cuando se les trata con bondad, pero quien conserva la paciencia y la calma en medio de las pruebas, quien permanece supremamente manso bajo las circunstancias más exigentes, él, y solo él, es poseedor de la Verdad sin mancha. Y esto es así porque estas elevadas virtudes pertenecen a lo Divino, y solo pueden ser manifestadas por aquel que ha alcanzado la sabiduría más elevada, por aquel que ha renunciado a su naturaleza apasionada y egoísta, por quien ha tomado conciencia de la Ley suprema e inmutable y está en armonía con ella.

Por tanto, deja que los hombres cesen en sus argumentos vanos y apasionados sobre la Verdad; permite que piensen, digan y hagan todo eso que contribuye a la armonía, a la paz, al amor y a la buena voluntad, que practiquen la virtud del corazón y que busquen humilde y diligentemente la Verdad que libera el alma de todo error y pecado, de todo lo que arruina el corazón humano y oscurece, como una noche interminable, el camino de las almas vagabundas de la tierra.

Hay una gran Ley omniabarcante que es el fundamento y causa del universo, la Ley del Amor. Ha sido llamada por diversos nombres en distintos países y épocas, pero, detrás de todas sus denominaciones, el ojo de la Verdad descubre la misma Ley inalterable. Los nombres, las religiones, las personalidades son pasajeros, pero ella permanece. Poseer el conocimiento de esta Ley, entrar en armonía consciente con ella, es hacerse inmortal, invencible, indestructible.

En el esfuerzo del alma por aprender esta Ley, los hombres vienen una y otra vez a vivir, a sufrir y a morir; y cuando el alma la aprende, el sufrimiento cesa, la personalidad se desvanece, y la vida carnal y la muerte quedan destruidas, porque la conciencia se hace una con lo Eterno.

La Ley es absolutamente impersonal, y su expresión más elevada es el Servicio. Cuando el corazón purificado ha alcanzado la Verdad, es llamado a realizar un último sacrificio, aún mayor y más santo, el sacrificio del bien ganado disfrute de la Verdad.

Gracias a este sacrificio, el alma divinamente emancipada viene a habitar entre los hombres, vestida con un cuerpo de carne, se siente contenta de habitar entre los más humildes y de ser considerada la sirviente de toda la humanidad. Esa sublime humildad que manifiestan los salvadores del mundo es el sello de la Divinidad, y solo quien ha aniquilado su personalidad y se ha convertido en una manifestación visible del Espíritu de Amor impersonal, eterno e ilimitado, es elegido para recibir la adoración infinita de la posteridad. Solo aquel que se rebaja con esa divina humildad que no implica únicamente la extinción del yo, sino verter sobre todos el espíritu del Amor incondicional, es exaltado más allá de toda medida, y se le otorga el dominio espiritual de los corazones de la humanidad.

Todos los grandes maestros espirituales se han negado a sí mismos los lujos personales, las comodidades y los premios; han abjurado del poder temporal, y han vivido y enseñado la Verdad ilimitada e intemporal. Compara sus vidas y enseñanzas, y descubrirás la misma simplicidad, el mismo autosacrificio, la misma humildad, amor y paz que ellos vivieron y predicaron. Nos enseñaron los mismos principios eternos, cuya realización destruye todo mal. Los que han sido aclamados y adorados como salvadores de la humanidad son manifestaciones de la Gran Ley impersonal, y están libres de la pasión y el prejuicio. Al no tener opiniones ni una doctrina especial que predicar y defender, nunca trataron de convertir ni de hacer proselitismo. Viviendo en la Bondad más elevada, la suprema Perfección, su único objetivo fue elevar a la humanidad, manifestando bondad de pensamiento, palabra y obra. Se alzan entre el hombre personal y el Dios impersonal, y son ejemplos de la salvación de la humanidad autoesclavizada.

Los hombres que están sumergidos en el yo, y que no pueden entender esa Bondad que es absolutamente impersonal, niegan la divinidad a todos los salvadores excepto a los suyos, y por tanto introducen el odio personal y la controversia doctrinal, y, mientras defienden sus visiones personales con pasión, se consideran unos a otros herejes e infieles, anulando, en lo que atañe a sus existencias, la belleza y santa grandeza de las vidas y enseñanzas de sus propios Maestros. La Verdad no puede estar limitada; nunca puede ser la prerrogativa especial de ningún hombre, escuela o nación, y cuando la personalidad hace su entrada, la Verdad se pierde.

La gloria común del santo, del sabio y del salvador es esta: han alcanzado la más profunda humildad, el desinterés sublime; como han renunciado a todo, incluso a su propia personalidad, sus obras son santas y duraderas, porque están libres de toda mancha del yo. Ellos dan y nunca piensan en recibir; trabajan sin lamentar el pasado ni anticipar el futuro, y jamás buscan recompensa.

Cuando el granjero ha labrado y preparado la tierra, y sembrado la semilla, sabe que ha hecho todo lo que podía hacer, y que ahora debe confiar en los elementos y esperar pacientemente que el curso del tiempo le traiga la cosecha, con la convicción

de que todas sus expectativas no afectarán en absoluto al resultado. Asimismo, quien ha alcanzado la Verdad se manifiesta como sembrador de semillas de bondad, pureza, amor y paz, sin expectativa, sin buscar nunca resultados, sabiendo que la existencia de la Gran Ley Gobernante produce su propia cosecha en su debido momento, y que es tanto la fuente de la preservación como de la destrucción.

Los hombres, al no entender la profunda simplicidad de un corazón profundamente libre de egoísmo, consideran a su salvador particular como una manifestación de un milagro especial, como algo enteramente separado y distinto de la naturaleza de las cosas, y como un ser al que por su excelencia ética la humanidad no podrá aproximarse nunca. Esta actitud de duda (porque de eso se trata) con respecto a la divina perfectibilidad del ser humano paraliza los esfuerzos, y liga las almas de los hombres con las resistentes cuerdas del pecado y el sufrimiento. Jesús «creció en sabiduría» y fue «perfeccionado por el sufrimiento»; llegó a convertirse en lo que realmente era, así como Buda y todos los hombres santos alcanzaron la meta mediante la perseverancia constante en el autosacrificio. Una vez que se reconoce esto, una vez que mediante el esfuerzo vigilante y la perseverancia esperanzada puedes elevarte por encima de tu naturaleza inferior, grandes y gloriosos serán las vistas y los logros que se abrirán ante ti. Buda hizo voto de no relajarse en sus esfuerzos hasta llegar al estado de perfección, y logró su propósito.

Tú también puedes conseguir lo que han conseguido los santos, sabios y salvadores si estás dispuesto a recorrer el camino que ellos hollaron y señalaron, el camino del autosacrificio, del servicio y la renuncia al yo.

La verdad es muy simple. Dice: «Renuncia al yo, ven a mí lejos de todo engaño y yo te daré descanso». Todas las montañas de comentarios sobre la Verdad no pueden ocultarla del corazón que busca seriamente la Rectitud. La Verdad no requiere aprendizaje; puede ser conocida a pesar de este. Disfrazada de muchas maneras por el hombre egoísta que solo se busca a sí mismo, la hermosa simplicidad y clara transparencia de la Verdad permanece inalterada y plena, y el corazón desinteresado entra y participa de su brillante irradiación. No se llega a ella tejiendo complejas teorías ni construyendo filosofías especulativas, sino trenzando la trama de la pureza interna, construyendo el Templo de una vida inmaculada.

Quien penetra en este camino santo empieza a restringir sus pasiones. Esto es virtud, que es el comienzo de la santidad, y esta, el principio de la beatitud. El hombre mundano gratifica sus deseos y no practica más restricción que la exigida por la ley del país donde vive. El hombre virtuoso restringe sus pasiones; el santo ataca al enemigo de la Verdad en la fortaleza de su propio corazón, y elimina todos los pensamientos egoístas e impuros. El hombre santo es el que está libre de pasión y de todo pensamiento impuro, y para quien el bien y la pureza se han vuelto tan naturales como el olor y el color para la flor. Es divinamente sabio; solo él conoce la Verdad en su

plenitud, y ha encontrado el descanso y la paz duraderos. Para él, el mal ha cesado; ha desaparecido en la luz universal de la Bondad Total. La Santidad es la insignia de la sabiduría. Dijo Krishna al príncipe Arjuna:

Humildad, veracidad e inofensividad, paciencia y honor, reverencia por los sabios, pureza, constancia, control del yo, desprecio de los deleites de los sentidos, autosacrificio, percepción de la certeza del dolor contenido en el nacimiento, la muerte, el envejecimiento, la enfermedad, el sufrimiento y el pecado; y un corazón siempre tranquilo en la buena fortuna y en la mala fortuna... resolución en la acción para alcanzar la percepción del alma máxima, y gracia para entender las ganancias que conlleva, ¡esta es verdadera sabiduría, oh Príncipe! ¡Y lo demás es ignorancia!

Quien lucha incesantemente contra su propio egoísmo y se esfuerza por suplantarlo con el Amor omniabarcante es un santo, tanto si vive en una casita o en medio de la riqueza y la influencia; tanto si predica como si permanece en el anonimato.

Para el hombre mundano que está empezando a aspirar a cosas más elevadas, el santo, como el dulce San Francisco de Asís o el conquistador San Antonio, es un espectáculo glorioso e inspirador. Para el santo, una visión igualmente elevada es la del sabio, que se sienta sereno, conquistador del pecado y del dolor, que ya no está atormentado por el lamento y el remordimiento, y a quien nunca puede llegar la tentación. Pero incluso el sabio es atraído por una visión aún más gloriosa, la del salvador que manifiesta activamente su conocimiento en el trabajo desinteresado, y, potenciando su divinidad para hacer el bien, se hunde en el pulsante, dolorido y aspirante corazón de la humanidad.

Y solo esto es verdadero servicio: olvidarse de uno mismo por amor a todos, perderse a uno mismo en el trabajo por la totalidad. Oh tú, hombre necio y vano, que crees que tus numerosos hechos pueden salvarte; tú que, encadenado al error, hablas en voz alta de ti mismo, de tu trabajo y de tus muchos sacrificios, y exageras tu propia importancia, sabe esto: aunque tu llama llenase toda la tierra, tus obras acabarían volviendo al polvo, y tú mismo serías menor que el más pequeño en el Reino de la Verdad.

Solo el trabajo impersonal puede vivir; las obras del yo son impotentes y perecederas. Cuando los deberes, por humildes que sean, se hacen sin interés personal y con alegre sacrificio, ahí hay verdadero servicio y trabajo duradero. Cuando los actos, por más brillantes y aparentemente exitosos que resulten ser, se hacen desde el amor al yo, se ignora la Ley del Servicio y la obra perece.

Al mundo se le ofrece aprender una gran lección divina, la lección del desinterés absoluto. Los santos, sabios y salvadores de todos los tiempos son aquellos que se han sometido a esta tarea, y la han aprendido y vivido. Todas las escrituras del mundo están hechas para enseñar esta lección, y todos los grandes maestros la reiteran. Pero la lección es demasiado simple para el mundo que, mofándose de ella, sigue adelante tambaleándose por los complejos caminos del egoísmo.

Un corazón puro es el fin de toda religión y el comienzo de la divinidad. Buscar esta Rectitud es recorrer el Camino de la Verdad y de la Paz, y quien entre por este camino pronto percibirá esa Inmortalidad que es independiente del nacimiento y de la muerte, y se dará cuenta de que en la economía divina del universo no se pierde ni el esfuerzo más humilde.

La divinidad de Krishna, de Gautama o de Jesús es la gloria que corona la abnegación, el final del peregrinaje del alma en la materia y la mortalidad, y el mundo no habrá concluido su largo viaje hasta que cada alma se haya hecho como estas, y haya entrado en la dichosa experimentación de su propia divinidad.

Grande es la gloria que corona las alturas de la esperanza ganada con ardiente lucha; brillantes honores rodean la canosa cabeza de quien ha realizado grandes obras; hermosas riquezas colman a quien recorre el camino de la ganancia dorada, y la fama entroniza el nombre de quien trabaja con genialidad. Pero aún mayor gloria espera a quien, en la lucha sin sangre contra el yo y la equivocación, adopta, con amor, la vida de sacrificio. Y honores más brillantes aguardan la frente de quien, entre el escarnio de los ciegos adoradores del yo, acepta la corona de espinas.

Riquezas más puras y hermosas vienen a quien lucha esforzadamente por recorrer los caminos del amor y la verdad para endulzar las vidas humanas; y quien sirve bien a la humanidad intercambia la llama pasajera por la Luz eterna, la Alegría y la Paz, y túnicas de llama celestial.

LA CONSECUCCIÓN DE LA PAZ PERFECTA

En el universo externo hay torbellinos, cambios e inquietudes incesantes. Pero en el corazón de todas las cosas existe un reposo inalterado; en ese profundo silencio habita lo Eterno.

El hombre participa de esta dualidad, y tanto el cambio superficial y la inquietud como la morada de Paz, están contenidos en él.

Así como hay profundidades silenciosas en el mar que la tormenta más fiera no puede alcanzar, hay profundidades santas y silenciosas en el corazón del hombre que las tormentas del pecado y el dolor no pueden alterar. Alcanzar este silencio y vivir conscientemente en él es paz.

La discordia abunda en el mundo externo, pero en el corazón del universo domina una armonía inalterada. El alma humana, desgarrada por la pasión discordante y la pena, se alza ciegamente hacia la armonía del estado inmaculado, y llegar a dicho estado y vivir conscientemente en él es paz.

El odio mutila las vidas humanas, fomenta la persecución y lanza a las naciones a guerras crueles; sin embargo, los hombres, aunque no entienden por qué, retienen cierta medida de fe en la preeminencia del Amor perfecto; lograr este Amor y vivir conscientemente en él es paz.

Y esta paz interna, este silencio, esta armonía, este Amor es el Reino de los Cielos, que es tan difícil de alcanzar porque pocos están dispuestos a renunciar a sí mismos y hacerse como niños pequeños.

La puerta del Cielo es muy pequeña y estrecha; no puede ser percibida por los hombres necios cegados por las vanas ilusiones del mundo. E incluso los de vista clara que discernen el camino y tratan de entrar encuentran la puerta cerrada, que es difícil de abrir. Sus grandes cerrojos son el orgullo y la pasión, la avaricia y la lujuria.

Los hombres piden paz donde solo existe discordia, inquietud y lucha. Aparte de esa Sabiduría que es inseparable de la autorrenuncia, no puede haber paz real y duradera.

La paz resultante de la comodidad social, de la gratificación pasajera o de la victoria mundana es de naturaleza transitoria, y se quema ante el ardor de una dura prueba. Solo la Paz del Cielo soporta las pruebas, y únicamente el corazón libre de egoísmo puede conocerla.

Solo la Santidad es paz imperecedera. El autocontrol conduce a ella, y la Luz de la Sabiduría, siempre creciente, guía al peregrino en su camino. Participas en ella en la medida que entras en el camino de la virtud, pero solo alcanzas su plenitud cuando el yo desaparece en la consumación de una vida sin mancha.

Esto es paz, conquistar el amor al yo y el apetito por la vida, arrancar la pasión profundamente arraigada en el corazón y aquietar la lucha interna.

¡Oh, lector! Si alcanzas la luz que nunca perece, la Alegría interminable y la tranquilidad que no puede ser alterada; si dejas atrás para siempre tus pecados, tus penas, tus ansiedades y tus perplejidades; si quieres participar de esta salvación, de esta Vida supremamente gloriosa, conquístate a ti mismo. Lleva cada pensamiento, cada impulso, cada deseo a la obediencia perfecta del poder divino que reside dentro de ti. No hay otro camino hacia la paz más que este, y si te niegas a recorrerlo, todas tus oraciones y tu adhesión estricta al ritual no darán ningún fruto ni servirán de nada, y ni los ángeles ni los dioses podrán ayudarte. Solo al triunfador se le da la piedra blanca de la vida regenerada, en la que está escrito el Nombre nuevo e inefable.

Sal, por un momento, de lo externo, de los placeres de los sentidos, de los argumentos del intelecto, del ruido y de la excitación del mundo, y retírate en la cámara más interna de tu corazón. Allí, libre de la sacrílega intrusión de todos los deseos egoístas, encontrarás un profundo silencio, una calma santa, un reposo bendito, y si te quedas a descansar un rato en ese lugar santo, y meditas allí, el ojo sin falta de la Verdad se abrirá en ti, y verás las cosas tal como realmente son. Este lugar santo es tu yo verdadero y eterno, lo divino dentro de ti; y solo cuando te identifiques

con él se puede decir que estás «vestido y en tu mente correcta». Es la morada de la paz, el templo de sabiduría, el habitáculo de la inmortalidad. Aparte de este lugar de calma interna, de esta Montaña de Visión, no puede haber verdadera paz ni conocimiento de lo Divino, y si puedes permanecer allí durante un minuto, una hora o un día, podrás quedarte allí para siempre. Todos tus pecados y dolores, tus miedos y ansiedades son tuyos, y puedes aferrarte o renunciar a ellos. Tal como por ti mismo te aferras a la inquietud, por ti mismo serás capaz de llegar a la paz permanente. Nadie más puede renunciar al pecado por ti; tú mismo debes hacerlo. El mayor maestro no puede hacer más que caminar el camino de la Verdad por sí mismo, y señalártelo; tú debes recorrerlo. Solo puedes alcanzar la libertad y la paz por tus propios esfuerzos, renunciando a lo que ata tu alma y destruye tu paz.

Los ángeles de la divina paz y de la alegría siempre están al alcance de la mano, y si no los ves ni los oyes, ni habitas con ellos, es porque te cierras a ellos y en tu interior prefieres la compañía de los espíritus del mal. Tú eres lo que quieres ser, lo que deseas ser, lo que prefieres ser. Puedes empezar a purificarte y, al hacerlo, llegar a la paz, o puedes negarte a purificarte y seguir sufriendo.

Hazte a un lado, por tanto; sal de la inquietud y de la fiebre de la vida; aléjate del calor abrasador del yo y entra en el lugar de descanso interno, donde los aires refrescantes de la paz te calmarán, te renovarán y te restaurarán.

Sal de las tormentas del pecado y la angustia. ¿Por qué vivir turbado y empujado de aquí para allá por la tempestad cuando el refugio de la Paz de Dios es tuyo?

Renuncia a toda búsqueda; renuncia al yo, y de repente, la Paz de Dios será para ti.

Somete al animal que habita dentro de ti; conquista toda revuelta egoísta, toda voz discordante; transmuta los metales inferiores de tu naturaleza egoísta en el oro puro del Amor, y alcanzarás la Vida de Perfecta Paz. Oh lector, llevando a cabo este sometimiento, esta conquista, esta transmutación mientras estás encarnado, cruzarás las aguas oscuras de la mortalidad y alcanzarás la Orilla donde las tormentas del dolor nunca golpean, y donde el pecado, el sufrimiento y la oscura incertidumbre no pueden llegar. Alzándote sobre esa Orilla, santo, compasivo, despierto, autoposeído y alegre, con una alegría sin fin, te darás cuenta de que

el Espíritu nunca nació, el Espíritu nunca cesará; el tiempo nunca fue; el final y el principio son sueños. El Espíritu eterno no nace, ni muere, ni cambia; la muerte no le toca en absoluto, aunque su casa parezca muerta.

Entonces entenderás el significado del pecado, del dolor, del sufrimiento, y que su final es la Sabiduría; conocerás la causa y el problema de la existencia.

Y con esta comprensión tendrás descanso, porque esta es la dicha de la inmortalidad, esta es la alegría inmutable, este es el conocimiento sin trabas, la Sabiduría sin mancha, y el Amor imperecedero; esto, y solo esto, es la experimentación de la Paz perfecta.

Oh tú, que quieres enseñar a los hombres la Verdad, ¿has atravesado el desierto de la duda? ¿Has sido purgado por los fuegos del dolor? ¿Has expulsado la compasión de tu corazón humano al juez cruel? ¿Es tu alma tan hermosa que no puede albergar ningún pensamiento falso?

Oh tú, que quieres enseñar a los hombres el Amor, ¿has atravesado el lugar de desesperación? ¿Has llorado en la noche oscura de la pena? ¿Es movido tu corazón humano (ahora liberado de sus dolores y cuidados) a la delicadeza compasiva al contemplar la equivocación, el odio y la tensión incesante?

Oh tú, que quieres enseñar a los hombres la Paz, ¿has cruzado el ancho océano de la contienda? ¿Has encontrado las Orillas del Silencio, liberadas de toda la salvaje inquietud de la vida? ¿Ha desaparecido toda lucha de tu corazón humano, dejando solo Verdad, y Amor y Paz?